

Jirones de una historia en Santa Marta

Joaquín A. Zúñiga Ceballos

**Santa Marta
2012**

A Alma

"...no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo"¹

¹ BORGES, Jorge Luís, "El jardín de los senderos que se bifurcan". *Nueva antología personal*, Club Bruguera. Barcelona, España, 1980, p. 136

Contenido

Presentación	4
1. Como para empezar	5
2. En la calle de la Cruz 1	7
3. Pero perdido no estaba	10
4. Diciembre y Navidad	12
5. Cómo se hacía el pesebre en mi casa	16
6. Aquella iglesia de San Francisco	19
7. El Almacén Lola	20
8. 1954, con la razón en uso	21
9. IRIS, el almacén de mi padre	23
10. En aquella Semana Santa	25
11. Domingo de Resurrección	27
12. Las primeras letras	29
13. Cuando conocí el tren	31
14. Ojos que nada expresan	33
15. Mar de leva	36
16. La época del chipi chipi	37
17. Eran otros los que pescaban	38
18. Rastros de memoria	40
19. De tracción animal	41
20. Hielo y petróleo	42
21. Incendio en la calle San Francisco	43
22. Las ventanas de la ausencia	45
23. La cuadra de los Bermúdez	48
24. Lo llamaban Caneco	50
25. Que siga la fiesta, carajo	51
26. Entre comparsas y letanías	53
27. Los peluqueros	55
28. Dónde está Deyi	57
29. Yendo a pie	58
30. Sigo a pie	59
31. Ella, la de los ojos grises y triste mirada	60
32. El encanto de viajar en buseta	62
33. Dos visiones ante la muerte	64
34. Nunca más	65
35. De paseo por el camellón y la playa	66
36. Tinto con Coca-Cola	68
37. Café con ron en carnavales	70
38. El enigma de Irma	72
39. Centro cultural "La atarraya"	73
40. Al caer la tarde	75
41. Olas que no veremos	77
42. El Piano aún vive	79
43. La heladería Oasis	81
44. En la calle de la Cruz 2	83

Presentación

Años después, en algún momento entre la niñez y la juventud, aparecerían las primeras dudas filosóficas, las que con seguridad han enredado buenos instantes en la vida de cada cual. Las peregrinas preguntas sobre el ser o, mejor, sobre el yo. ¿Quién sería yo si no fuera yo? ¿Existiría yo si mis padres no se hubieran conocido? Preguntas y dudas circulares que sólo recibieron de los adultos una extraña sonrisa de estúpidos, y que dieron vueltas y revueltas en la mente hasta conformarme con esperar saber, algún día, lo que sólo Dios sabrá.

Joaquín Antonio Zúñiga Ceballos nació en Santa Marta un viernes 16 de agosto a las tres de la tarde, en un viejo caserón con techo de tejas en la calle San Francisco con carrera cuarta. Es el segundo de cinco hermanos.

Estudió y terminó Economía Agrícola en la Universidad del Magdalena. Se ha desempeñado en cargos administrativos y en la docencia secundaria y universitaria.

Por largo rato trajinó con la fotografía; coquetea con la pintura y mantuvo por varios años la columna Punto de Fuga en Hoy Diario del Magdalena, y Columna de Ocasión en El Informador.

En el campo literario ha desarrollado el género cuento, algunos de éstos se han publicado en la revista dominical del periódico El Heraldito y en la revista *El Misionero*, de Barranquilla; en la revista Macondo de Hoy Diario y en El Informador de Santa Marta. Durante tres años coordinó el espacio *El escritor y su cuento* en el área cultural del Banco de la República de Santa Marta. Es miembro de número de la Academia de Historia del Magdalena.

Los artículos que integran este libro a partir de 'Pero perdido no estaba', son una selección de los publicados en *Columna de ocasión* en el periódico El Informador de Santa Marta, a algunos se les hicieron ligeras modificaciones y correcciones.

Los títulos 'Como para empezar' y 'En la calle de la Cruz' son referidos a vivencias del autor en sus primeros años y sirven de abre bocas para introducir los demás artículos sobre hechos y situaciones de la ciudad de Santa Marta, basados en recuerdos del autor y limitados por el alcance de los mismos.

El orden de presentación no corresponde a ninguna cronología, ni de los sucesos ni de su publicación como artículos de prensa, y sólo se han tratado de agrupar buscando alguna correlación entre ellos.

Mis agradecimientos al Profesor José Alejandro Vanegas Mejía por su colaboración en la revisión del texto y correcciones sugeridas.

1. Como para empezar

Todo comenzó con la barahúnda de las tres de la tarde cuando los vendedores del mercado público, afanados por irse, vociferaban a precios rebajados los últimos saldos de frutas y verduras, los carniceros azotaban sus cuchillos sobre las mesas de mármol ofreciendo jirones de carne y pedazos de gordana; cuando los expendedores de morcillas de dulce y de sal, de almojóbanas y cuajaderas, de quequis y alfajores, de pasteles de pollo y de cerdo, empezaban a llegar y ocupaban sus puestos en la galería de arcadas. Ese día, viernes 16 de agosto de 1947, bajo la influencia de Leo, en un viejo caserón con techo de tejas en la calle San Francisco (13) entre carreras 4ª y 5ª, no sólo vi la luz por primera vez sino que también conocí el ruido. Nací yo arrullado por el tañido de las campanas de la Iglesia de San Francisco y el fragor del mercado y la plaza.

Ese día empezó todo. Aunque a decir verdad no guardo recuerdos de ese viejo caserón, sólo comentarios de mi madre sobre su abuela y la exigente solicitud que hacía, balanceándose en un mecedor, para que me sentaran sobre sus piernas y los mimos y caricias que me propiciaba. Y las fotografías tomadas por mamá con la Kodak 127, como esa en la que mi papá, orgulloso y esbozando una gran sonrisa, me sostiene alzado como quien exhibe un trofeo. En el fondo se ven los arcos sobre pilastras que bordean el patio. Poco tiempo después murió la abuela de mi mamá, llevándose la satisfacción de haberme conocido, pues cuentan que se angustiaba al pensar que podría morir antes de mi nacimiento.

Mis padres se conocieron desde niños: vivían en el mismo vecindario y se encontraban casi todos los días. Desde entonces entablaron una relación de amistad, pero más que amigos eran cómplices de travesuras. Crecieron, se hicieron novios y se casaron. Y, por encima de todas las circunstancias propias de una vida en pareja, continuaron siendo amigos y cómplices.

Mis recuerdos se inician en la casa de la esquina suroccidental de la calle Tumbacuatro (19) con la avenida Campo Serrano (carrera. 5ª). Era una casa con terraza. Allí tuve la primera noción de la existencia del diablo, ese señor desconocido e invisible que estaba siempre dispuesto a llevarnos a no sé que sitio si no hacíamos las cosas como decían los adultos que eran y debían hacerse. Todas las cosas que creíamos buenas y agradables resultaban ser malas.

Una noche en que padecía fiebre alta escuché un zumbido imposible producido por algo que daba vueltas alrededor del bombillo. Me inquieté demasiado. Alguien que estaba cerca dijo: "¡Ah! ese es un caballito del diablo". El avechucho fue a posarse sobre la pared amarilla frente a la cama. Era enorme, como de un metro o más, negro, con dos alas transparentes y temblorosas a cada lado y ojos grandes, iridiscentes. Ya no zumbaba, pero ahí estaba. Y yo, en silencio, con los ojos encendidos y saltones, ardiendo de fiebre, lo miraba. Al siguiente día, por la mañana, cuando desperté, mamá tenía su mano sobre mi frente: "Ya no tiene fiebre", dijo. Miré hacia la pared y lo vi, ahí estaba todavía, pero ya no lo veía tan grande como por la noche, apenas era tan largo como el dedo meñique. Miré, entonces, a mi mamá y ella dijo: "Eso es una libélula".

Después de mucho regodeo y del “apúrense que llegamos tarde” de la tía Elena, me bañé y vestí: camisa a cuadros, pantalón corto y zapatos un número más (crecía tan rápido que a las pocas semanas ya me quedaban pequeños). Apresurados salimos para vespertina en el cine Colonial, del señor Fernando Noguera, a media cuadra de la casa sobre la calle Tumbacuatro. Presentaban una película de Tarzán de la selva. Cuando llegamos ya había comenzado la película. La sala estaba llena y sólo encontramos puestos en la banca de atrás. Chita, ese chimpancé tierno, necio y horripilante que andaba para todas partes con Tarzán, se tragó un reloj despertador. En la oscuridad de la selva todos dormían cuando empezó a sonar la campanilla de la alarma. El reloj sonaba y Chita daba saltos de un lado para otro, se golpeaba el pecho con los puños y daba gritos, y Chita gritaba más y el reloj seguía sonando. En toda la sala, bajo un silencio expectante, sólo se oían los sonidos de la película. De pronto la cara de Chita gimoteando, horrorosa, con la boca abierta mostrando los dientes ocupó toda la pantalla, y la alarma del despertador seguía sonando. Desde la parte de atrás, al mismo tiempo, se escuchó el desgarrado grito de terror de un niño. Desde entonces debió pasar algún tiempo para que yo volviera a una sala de cine. Sólo volví cinco años más tarde, cuando comencé a entender el fenómeno de la cinematografía.

2. En la calle de la Cruz 1

Nos mudamos para la calle de la Cruz (12) en la esquina nororiental con la carrera 6ª. Llegamos cuatro hijos: Elsa María, la mayor; Ilka Cecilia, la tercera; Luis Carlos José, el cuarto, y yo el segundo. Papá, Joaquín Antonio Zúñiga Martínez, mamá, Elsa Ceballos Martínez de Zúñiga y la señorita Elena Cecilia Ceballos Diazgranados, tía de mamá. Papá atendía el almacén Iris de su propiedad, y vestía camisa blanca de puño y corbata. Hacía muy poco había abandonado el saco, como casi todos los samarios de esa época. Eran los primeros años de la década del cincuenta

Mamá ha sido una mujer muy especial. Cumplió los 94 el 11 de abril de 2012. La concibo como un todo armónico de amor. Lo que de ella he de decir ya lo dijo mi hermana Ilka Cecilia en un documento titulado "Gracias, mamá, por ser como eres", que le entregó el 24 de mayo de 2002 con ocasión del día de las madres:

"Te has robado parte de tu vida para entregarla a los demás, sin exigir nada y sin esperar nada, pero la vida ha sido leal contigo y te ha regalado mucho.

"Mujer entusiasta y espiritual que jamás, bajo ningún acontecimiento de la vida, se ha dejado derribar, demostrando que la fe no se pierde ante ninguna circunstancia y con fe siempre se ganan las batallas.

"Gracias madre por tus enseñanzas, por hacernos ver la rectitud y responsabilidad como base primordial en la vida y la verdad y la honradez como fundamento para vivir en paz (es tu frase: una mentira trae otra mentira).

"Admiro sobre manera tu entusiasmo para agradar a los demás, encontrándote en la situación en que te encuentres, olvidándote de ti, con un detalle, una atención, un consejo oportuno. Y sé que has dejado huellas inolvidables en el corazón de muchas personas y de hecho te lo demuestran a diario y te lo manifiestan con una visita, una llamada, una tarjeta, un obsequio, y eso no es gratuito, es bien merecido. Has sembrado bastante y es justa la cosecha.

"En ti nunca le has dado entrada al rencor, ni a la envidia: Tu vida siempre ha sido un verdadero perdón".

Los cuatro hijos que llegamos a la calle 12 vinimos al mundo jalados por las manos de Rosita Granados, en cambio Sonia Margarita nació en la Clínica Santa Marta, bajo la atención de los médicos Julio Méndez Barreneche y Julio César Martínez Adárraga. En la nueva casa nos desarrollamos todos y hubo muchas razones

y circunstancias que nos hicieron felices durante la niñez y la adolescencia rodeados de cariño, comprensión y de disciplina.

La tía Elena era la encargada de dosificar la disciplina, y mantuvo siempre colgada detrás de la puerta de su cuarto una penca que llamaba "la Dominguita", que mis piernas recuerdan con abrasivo ardor. La tía Elena nos quiso mucho a todos, aunque siempre percibí mucha especialidad por mí. Vivió y murió soltera y sin pretendiente conocido. De un temperamento recio y estricta en sus actos –me cobraba los veinte centavos que me había prestado, en cambio gustosa me extendía la mano para regalarme dos pesos–. Siempre estuvo atenta a las cosas buenas para la casa y para nosotros y en Navidad era la primera en sacar los adornos, el nacimiento (pesebre), los villancicos y demás chécheres. En carnavales, antes de salir despavorida a refugiarse lejos del ruido y la maizena, nos dejaba afuera los disfraces que guardaba en el chiribitil durante un año. En ese cuartito, como lo llamábamos, había un mundo de cosas a las que yo en especial tuve libre acceso y exploré como parte de mis juegos de infancia. Había también una variada colección de herramientas que me fueron útiles para desarrollar cierta destreza en las manualidades. Como vigilante de todo aquello estaba una imagen, hecha en Milán, de San Francisco de Asís, de unos cincuenta centímetros de alto, con brazos articulados y vestido con sotana de paño que tenía una abertura que dejaba ver la herida del estigma del lado derecho del pecho. Cuando los ratones, aprovechando la paciencia del santo, habían convertido la sotana en verdaderos harapos y casi lo dejaban en plena desnudez, mi mamá le confeccionaba, con todos los detalles, una nueva sotana. Sin duda alguna, parte importante de mi manera de ser, de mi carácter, como dicen, se lo debo a la tía Elena.

Encontramos, al llegar a la nueva casa, familias conocidas por mis padres como los Ariza Caiaffa, Sierra Ariza, Echeverría Lastra, Ceballos Núñez, Ceballos Fontalvo, Serrano Ceballos, Cabas Escárraga, Fontanilla Roldán. Todos ellos, al igual que otras familias cuyos apellidos no logro precisar, nos brindaron calor y apoyo de amigos, lo que nos ayudó mucho mientras nos aclimatábamos en un sector que se mostró inicialmente agreste.

Un veintinueve de marzo, cumpleaños de Elsa María, tía Elena, que era su madrina de bautismo, y mamá organizaron el festejo. La mesa lucía en el centro un voluminoso pudín en forma de muñeca de largas trenzas. Bordeando la mesa estaban las sorpresas en forma de muñecas y al lado de cada una de éstas una botella de Coca Cola decorada con un delantalcito. Asistió un numeroso grupo de niñas, pero del sector donde acabábamos de llegar sólo las pocas niñas hijas de los conocidos. Eso no agradó a algunos de nuestros nuevos vecinos y allegados de éstos, y la respuesta no se hizo esperar. Al día siguiente, treinta de marzo, era el cumpleaños de Luis Carlos José, a quien le habían organizado también su fiesta y preparado un pudín en forma de cancha de fútbol, con su grama verde y las porterías. Cuando la mesa estaba servida y los niños alrededor esperaban ansiosos que Luis Carlos apagara las velitas para cantar el feliz cumpleaños, estalló sobre el pudín una bolsa de tierra que arrojaron por la ventana.

Las luminarias o pantallas de la terraza eran robadas o quebradas a piedra. Cuando se optó por no poner otra más, se robaban el bombillo, hasta que hubo que

recurrir a lo antiestético de proteger el bombillo con una especie de jaula de alambre, que vendían para el efecto. En varias oportunidades se cagaron en el piso de la terraza. Rayaban las paredes. Cuando salíamos a la puerta nos miraban como animales raros o venidos de otro planeta. Pero apareció el redentor.

3. Pero perdido no estaba

Por lo general yo pasaba el día en casa, entretenido armando y desarmando cosas o martillando clavos ya clavados en un viejo cajón de madera o tratando de armar figuras con un juego que me regalaron para mi cumpleaños o en Navidad y que me llegó preciso: un meccano, que traía cantidad de picitas, tornillos y tuercas, y los planos de carros, grúas y otro poco de móviles mecánicos. Luis Carlos José, en cambio, no obstante ser menor, resultó más liberal y sociable, y muy pronto hizo amistad con los muchachos del vecindario, mas no sólo con éstos sino aun con los mayores, quienes le cogieron gran aprecio y velaban por él.

Cualquier día se desapareció. No lo encontraban en las casas que frecuentaba ni en el almacén Iris, de papá. Se perdió. Se perdió. Salió temprano, recién bañado, vestido con camisa a cuadros azules y pantalón corto de caqui. Calzaba zapatos de lona azul con suela de caucho y las medias de listas blancas, rojas y azules hasta las rodillas. Que lo vieron por la cancha de La Castellana viendo jugar fútbol. En La Castellana no lo encontraron. Que estaba en el estadio Eduardo Santos en el entrenamiento del Unión. El Unión Magdalena lo apasionaba. Era una locura y no perdía un partido los domingos de local. Desde el viernes le armaba la murga a papá para que con tiempo comprara las boletas. Conocía perfectamente la alineación de éste y de los demás equipos del campeonato nacional, y en casa, mientras jugaba picando pelota contra la pared, imitaba a los locutores deportivos con la transmisión de un partido imaginario. No. No estaba en el estadio y tampoco había entrenamiento. Que lo habían visto en el campo de los gringos. Para allá iba alguien que regresaba con la negativa. No había esa mañana un solo niño en el campo de los gringos, ni siquiera los que tenían por costumbre escaparse del colegio y pasar la jornada de la mañana viendo jugar béisbol. Los vecinos dejaron atrás la indiferencia y cambiaron sus rostros de acuerdo con las circunstancias. Todos se mostraban preocupados y solidarios. ¿Dónde diablos se habrá metido ese muchachito? Era la constante.

Alguien se enrumbo hacia oriente, más allá de la línea del tren, por los lados de La Coquera, pensando que podría estar observando a los obreros de la construcción del mercado público; pero no. Tampoco estaba por esos lados. Descartado quedó que pudiera estar por los lados de la playa, pues le tenía tanto horror al mar que ni siquiera se atrevía a verlo a distancia; no obstante, algunos muchachos del vecindario ya habían hecho el recorrido por el camellón sin resultado alguno. De pronto apareció la señora Crucita con su olla, que regresaba de hacer la venta de la mañana de buñuelitos de frijol, bollos limpios y de queso, chorizos en bolitas y butifarras. Viendo las caras de espanto y tragedia de todos, indagó qué era lo que sucedía. Enterada de la situación y con toda la tranquilidad que puede haber en una persona, dijo: ¿El que está perdido es el niñito de esta esquina? No puede ser, si él está desde esta mañana ahí en la carpintería del señor Curieux hablando con los carpinteros, y ahorita que pasé, me pareció ver que estaba almorzando con ellos. Y allí lo hallaron, a media cuadra de la casa, como Jesús en el templo entre los sacerdotes, encaramado sobre un arrume de tablas de madera conversando en círculo con los operarios de la

carpintería acerca de la conveniencia de cierta alineación del equipo Unión Magdalena para el partido del próximo domingo.

Fueron ellos, los operarios de la carpintería, los encargados de endilgarle el apodo de "Patico", que se propagó hasta los amigos de mi papá. Nunca supe que él se molestara por el apodo. Hasta los parientes lo llamaban así, excepción de papá que prefería decirle Lucas, como el pato de los cuentos de Walt Disney. Durante algún tiempo creí que se trataba de una transposición del apodo, pero en realidad papá no hacía otra cosa que llamarlo por las iniciales de su nombre: Lu. Ca. Z. Así eran las vainas de papá. La simpatía de Luís Carlos y su trato con todos los vecinos fue la llave que nos abrió del todo la entrada al sector y a una convivencia de estimación y respeto.

Disfrutamos en casa con una buena radiola Philips, que papá compró donde Solano Hnos. y disponíamos de música variada, desde Beethoven, Mozart, Bach, hasta el último de los Beatles y Elvis Presley. Mamá, romántica irredimible, mantuvo su colección de Agustín Lara, Lucho Gatica, Pedro Vargas, María Dolores Pradera... Los hermanos Wiston y Eddy Alberto Pappa Segrera, amigos eternos que vivían en Venezuela, llegaban en diciembre con los últimos L. P. de la Billos Caracas Boys y Los Melódicos.

4. Diciembre y Navidad

La Navidad, en ese entonces, comenzaba el 16 de diciembre con la novena del Niño-Dios. El 15 por la mañana llegaba el señor Manuel Alejandro Cabas. Debíamos tener listos los huacales y cajas, el papel encerado y los chinchos. Con agilidad de experto, a partir de una mesa como eje central, con huacales y cajas sobre y en torno a ésta, comenzaba desde arriba a moldear el papel. Aparecían montañas, grutas y valles. En minutos quedaba armado el pesebre. Listo, decía él y la tía le entregaba un billetito verde, discretamente doblado.

Así lo hizo durante varios años, hasta uno en que no llegó el 15 sino el 16. Dijo que ese era el día en que debía armarse porque ese era el día en que empezaba la novena, y que buscáramos quien lo hiciera el año siguiente. El año siguiente y los demás la tía y yo estuvimos a cargo de armar el pesebre.

Era ésta una de las cosas en que más gozaba la tía, y donde quiera que viajaba siempre estuvo pendiente de traer cositas y checheritos para la decoración: la monjita dando maíz a los pollitos, de Panamá; la iglesia en cerámica, de Tunja; las bailarinas, de España; los toros y caballos, de la Feria de Manizales; las casitas de cartón, de Cali; la imágenes en yeso de María, José, el Niño y demás, de Roma, que no era recuerdo de ningún viaje sino un regalo de las hermanas Amalia y Rosa Ferrara.

Para mí era una entretención armar el pesebre. El de la casa, cuando niño, era cargado de instalaciones de foquitos ajicitos y de los otros que venían en paralelo; también tenía bombillos de colores a ciento veinte voltios con los que producíamos efectos de atardeceres y amaneceres. Las instalaciones eléctricas eran complicadas y se puede decir que entre corrientazos y cortos circuitos aprendí fundamentos de electricidad.

El pesebre o nacimiento se erigía en la sala, que estaba provista de dos grandes ventanales; a la hora de la novena la gente se agolpaba para presenciar el rezo y el canto de villancicos y apreciar la monumental obra de papeles, cajones y luces.

Todos los años, al acercarse diciembre, comenzábamos los preparativos con la Tía. Revisábamos las instalaciones eléctricas, buscábamos los papeles y la pajita que habíamos de teñir con anilina verde que comprábamos en La Estrella Matutina.

No faltaban las subidas a los cerros en búsqueda de plantas espinosas. Siempre traíamos algunos cactus y otros palitroques secos, además de unas cuantas espinas hincadas en piernas, pies y manos.

El 14 de diciembre por la tarde la tía contrataba un carro de mula para que la mañana del día siguiente trajera los huacales y cajas de madera para armar la estructura del pesebre, que guardaba durante el año en el viejo garaje y depósito, el cual tenía un patio en el que crecía una higuera siempre cargada de higos maduros. Acompañarla era toda una aventura, pues me permitía curiosear cosas viejas y comer higos maduros hasta saciarme y regresar montado en el carricoche escuchando los cuentos del carrero. Salvo ocasiones especiales ésta era la única que tenía para darme una buena comilona de esa fruta. Si faltaban huacales, porque se dañaban de un año para otro, visitábamos al señor Pájaro en su almacén para proveernos de éstos.

El primer día de la novena, por la mañana, lavamos los pitos, que se guardaban desde al año anterior; tenían forma de pajaritos y se llenaban con agua para que sonaran como gorjeo de pájaros. Martillo en mano, sobre un yunque aplanábamos checas de gaseosa para clavarlas sobre un pedazo de madera y armar sonajeros. Así quedaban listos los instrumentos para acompañar los villancicos.

Por la noche iban llegando los ahijados de mamá y de la tía, como convocados a una convención. Todos puntuales, bien vestidos y recién bañados. No quedaba mucho espacio para los demás. Entre gozo y gozo cantaban en coro. La parte que más recuerdo es la rogativa para el Niño que se regodeaba en llegar: "Ven, ven no tardes tanto".

Después de los pastores de Belén, del burrito, de nana nanita y de tú taina, venía el reparto de dulces, galletas y refrescos. Así durante todo el novenario. El veinticuatro los niños, y también las niñas, llegaban bien temprano, traían los ojos ansiosos. Después de la novena todos regresaban a sus casas felices y contentos con su paquetito en la mano.

Con diciembre también llegaban la brisa loca levanta arena, techos y faldas; los buses con excursiones de cachaquitas; los discos de la Billo's y los Melódicos y los almacenes "agáchate". Estos últimos tenían patente de corso para invadir los andenes de la Avenida Campo Serrano durante la temporada navideña. Después desaparecían. En tenderetes exhibían muñecos y juguetes de plástico, juguetitos de sala y comedor en madera, bolas, escobas, traperos y recogedores en miniatura y los vistosos camiones multicolores en madera. Entre finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta todos tuvimos o añoramos un camión de esos. No habían salido aún los de control remoto, pero de todas formas aquellos que halábamos con una pita eran preferidos a los de cuerda, por más vistosos que éstos fueran.

Almacenes como el Lola, Universo, Mogollón, Puente & González mostraban lo mejor para satisfacer las solicitudes de los niños al Niño Dios. Aunque a decir verdad muchas veces las decisiones de los padres no coincidían con los caprichos de algunos niños, quienes ingenuamente manifestaban sus deseos por escrito en la cartita que, ilusos, colocaban sobre el pesebre de la iglesia, sin ser lo suficiente explícitos con los papás, o por lo menos con copia a éstos

El día veinticinco, con la sonrisa alegre de muchos, se veían también algunos ojos llorosos e inconformes de niños que resignados arrastraban los carritos o pateaban una pelota de plástico imitación balón de cuero, regalos que no eran los esperados por ellos.

Se hizo costumbre que el veinticuatro de diciembre, independiente de la situación económica, había que estrenar. No era extraño ver a niños caminar incómodos por los zapatos apretados que por desesperados insistieron en llevar, como si en el almacén no hubiera otras tallas. Así ocurría con las camisas y los pantalones.

Muchas de esas camisas nuevas resultaron quemadas en la primera postura, por los triquetraques y las lluvias de estrellas en la Nochebuena. Todos los años aspirábamos a permanecer despiertos hasta la medianoche para asistir a la "misa de gallo", en especial a la de San Francisco para ver el nacimiento del Niño Dios, que todos los años variaba según el ingenio y creatividad de Alfredo Ovalle González, quien se encargaba de armar y desarmar el pesebre durante el novenario; pero el

sueño nos vencía, además del afán de dormir para que amaneciera más rápido y gozar de los regalos del Niño Dios.

Cuando crecimos tampoco fuimos a "misa de gallo". Los primeros años nos alcanzaba la medianoche bailando en casa de vecinos o en la propia. Años después la "feliz Navidad" nos llegaba en el bar "La Antillana" donde tocaba la orquesta de los Hermanos Martelo. Estaba de moda la pieza musical "Tabaquera". Las parejas de baile eran niñas excursionistas, y cuando la situación se tornaba romántica subíamos al Venecia, en la terraza del Edificio Posihueica.

Noviembre puede ser culpable de muchas cosas; eso dice una amiga. Pero diciembre también es el mes de los balances, de los encuentros y desencuentros, de recordaciones y arrepentimientos, de los corre que se acaba el año y de los propósitos para que las cosas negativas no se repitan. Llanto corrido por lo que fue y se fue y por lo que ya viene o será. Además, para muchos es el preámbulo de un año que ha de entrar con nuevas deudas. Válido también para recordar hechos que no volverán y que hemos de conformarnos viéndolos repetirse cuando damos la vuelta por encima de ellos desde un nivel más alto de la espiral de la vida.

Hace ya algunos años, en las casas de las familias católicas sólo se armaba el pesebre. No habían llegado aún los pinos ni las guirnaldas ni luces en las puertas de las casas. Después aparecieron los arbolitos de navidad o pinos artificiales, hechos con paja teñida de verde. Algunos vecinos, buscando la economía, resolvieron construirlos ellos mismos. Se los veía pintados de verde hasta los pelos, entorchando mechones de paja en alambres para hacer los brazos del arbolito, que serían colocados en espiral alrededor de un palo de escoba.

Con los arbolitos llegaron las bolas brillantes y frágiles, las enredaderas de colores y los foquitos intermitentes para decorarlos. También los potes de spray con "nieve". Aparecieron, luego, los arbolitos plateados.

El pino tradicional, verde o plateado brillante, fue reemplazado por ramas de algún árbol seco; el de guayaba era uno de los más adecuados por la forma de sus ramas. Se pintaban de blanco y se decoraban con los mismos elementos que los anteriores.

Las instalaciones de foquitos no traían más de ocho bombillos, llamados ajicitos, armados en serie, de modo que cuando uno se quemaba los demás no encendían y para probarlos había que quitarlos todos. También venían instalaciones a 110 voltios, ya en paralelo, pero escasas y costosas. Recuerdo la curiosidad que causaban las velitas, formadas por un bombillo de base con un tubito de vidrio lleno con líquido coloreado encima, que hervía por el calor haciendo burbujitas. Los frentes de las casas y las calles permanecieron en tinieblas hasta cuando alguien trajo el modelo de otra parte. Las calles resplandecieron, entonces, con miles de bombillitas de colores, y muy pronto también los frentes de las casas.

En aquel tiempo (años 54 al 60), estrenando uso de razón, colaboré con Alfredo Ovalle González y la señora Jóbata, que trabajaba en oficios varios en la iglesia, en armar y desarmar el pesebre de San Francisco. María y José en imágenes de madera y yeso, con extremidades articuladas y un burro en lámina de cartón, se colocaban de diferentes formas representando diferentes oficios o actividades, así un día aparecía la Virgen María cocinando, otro lavando, otro montada en el burro y San José

llevándolo de cabestro. El 24 de diciembre se organizaban en la pose tradicional; es decir, la que traen todas las imágenes de los pesebres, salvo que en este no había buey o vaca.

El nacimiento del Niño era también algo especial y cambiaba todos los años. Desde el coro, por dos cables extendidos hasta el pesebre en el altar mayor, se deslizaba la imagen del Niño Dios al momento de nacer: bajaba en una canastilla sostenida por dos ángeles. Al siguiente año descendía en paracaídas o en una esfera cerrada que se abría en dos al llegar al pequeño lecho de paja.

5. Cómo se hacía el pesebre en mi casa

Había hecho el recorrido por los almacenes Universo y J. V. Mogollón en busca de la paja, fina viruta de madera que servía para proteger los artículos de loza o de cristal en las cajas de empaque.

Por la tarde fui hasta el almacén La Estrella Matutina para comprar dos sobres de anilina verde y amarillo. Debía añadir amarillo al verde para rebajar la tendencia azul que traía éste y semejarlo más al verde vegetal. Allí me regalaron algo más de paja.

Temprano, al día siguiente, sumergí la paja en una olla con agua en la que había disuelto la anilina. Luego de unos minutos, cuando se había impregnado el color, la sacaba y escurría para extenderla en el piso sobre periódicos, para que se secase al sol.

Teníamos listo los pliegos de papel de bolsas de azúcar y harina, y de otro que llamaban encerado, eran dos hojas unidas por una sustancia cerosa negra, lo que le daba consistencia y grosor. El papel era de color caqui o café claro. En un carro de mula habíamos traído, desde el viejo depósito, las cajas de madera, que eran de pino, donde venían empacadas las botellas de whiskey, los huacales en los que embalaban las baldosas para pisos, y dos viejas mesas: una mediana y otra pequeña. Con un frasco lleno de chinches, estábamos listos armar el pesebre de ese año.

Era diciembre de 1960. El señor Manuel Alejandro Cabas, quien venía armando el nacimiento desde hacía varios años, había resuelto no volver más. De modo que nos correspondía esa labor y, sin mucho reparo, resolví asumirla.

La regla uno era: nada de pesebre esquinado. De modo que me encontraba sólo frente a la pared desnuda. Sentado en el piso frente a ella, la observe por un buen rato pensando en qué hacer, cómo empezar. Había visto varias veces al señor Cabas, pero no retenía lo que consideraba la parte más difícil: el comienzo.

Igual que sucede cuando estamos frente al un lienzo o a una hoja de papel o a la pantalla del PC en blanco, así estaba yo frente a la pared, hasta cuando sucedió lo que debía suceder: apareció una luz, y manos a la obra. La mesa mediana sería el centro de la estructura, pero no pegada a la pared porque así sólo serviría para sostener los demás elementos, de modo que quedó a cierta distancia de ésta. Sobre la mesa, apoyados sólo en una parte y la otra contra la pared, fui colocando huacales y cajas dando forma a lo que sería una gruta y a los cerros, que alcanzaban una altura de casi tres metros. Delante de esta mesa quedó colocada la pequeña e intercalando cajas y huacales llegue a la altura deseada. Una caja aquí y otra allá y listo, estaban formados los lados y terminada la estructura.

Regla dos: pies calzados, para evitar un chinche clavado en la planta del pie. Cubierta esta advertencia, y pisando con cautela para evitar un traspíe y terminar en el suelo enhuacalado, continué con la siguiente etapa.

Regla tres: nada de chinches en la boca. Con varios pliegos en la mano y el franco de chinches en un lugar seguro, empezaba la magia de crear montañas. El papel, luego de arrugarlo para hacerle quiebres, se tomaba con las dos manos y con movimientos hacia adentro o hacia el pecho, se la iba dando cierto englobamiento y se iba fijando con las chinchetas a la madera de las cajas, procurando dejar espacios planos. A medida que se iba cubriendo la estructura con el papel se colocaban las

casquillas o portalámparas para bombillos grandes, de 110v, para que quedaran escondidos detrás del papel: el de lo alto amarillo-naranja para dar efecto de sol naciente, dos amarillos para iluminar el interior de la gruta, y otros verdes, azules y naranjas para producir efectos variados en el armazón.

Cubierto todo con el papel se apreciaba ya una mole formada por cerros, valles y planos. Los espacios entre pegas y vértices se rellenaban con la paja, lo cual terminaba por darle el acabado definitivo de una porción de terreno en miniatura, al que con papel de celofán y círculos de espejo se dotaba de ríos y lagos. En alguna ocasión una amiga de casa nos trajo musgo de Bogotá, después esta práctica fue desterrada por preservación de la naturaleza

La siguiente etapa era distribuir las instalaciones de foquitos, que llamaban "ajicitos" los cuales se fijaban entre los pliegues del papel sostenidos con alfileres. No hubo regla explícita, pero los dedos maduraron de tantas pinchadas de alfiler, y quedó aprendido para siempre que cuando hay corriente eléctrica no se debe meter el dedo en una casquilla ni juntar dos cables de diferente polaridad porque, además del chispazo del corto circuito, se puede propiciar un incendio. Igual, no dejar cables descubiertos y sobre todo mantenerse aislado del piso y de cualquier contacto con la pared para evitar el remezón de un corrientazo. Debí padecerlos más de una vez para aprender la lección.

Iluminado completamente el pesebre, con los dedos hincados y la sensación de estar electrizado, se colocaban las imágenes de María, José, el burro y el buey. En casa resolvíamos el problema del viaje de los tres reyes magos ubicándolos de una vez. Sólo el niño quedaba guardado en su cajita de cartón a la espera de que llegara nochebuena para hacerlo nacer, colocándolo en su canastilla.

El resto se llenaba con fieras en los cerros, de extensos rebaños de ovejas y cabras con uno o dos pastores, en los planos próximos a la gruta. Patos y peces nadando en ríos y lagos. Uno o dos caseríos con sus respectivas iglesias. En casa éstos eran de cartón en un principio y después de plástico. Me fascinó, hace unos años, ver en la capilla del asilo de ancianos las casas y edificaciones hechas por el sacerdote en icopor, con todas las características arquitectónicas, supongo, de aquella vieja época en Jerusalén.

Así como encontramos iglesias, no es de extrañar que hubiese también algún tren eléctrico o una monja regando maíz a los pollitos, y al lado de una estampida de animales salvajes, una o dos busetas de servicio intermunicipal o algún helicóptero si no un jet a punto de decolar. Las plantas pequeñas en materas se colocaban alrededor de la base, lo que les daba un toque especial.

Con los años aparecieron en el comercio papeles cubiertos de verdor y la paja desapareció. Los almacenes agáchate popularizaron las instalaciones de cientos de foquitos multicolores e intermitentes que reemplazaron los "ajicitos" de instalaciones en serie de sólo ocho bombillitas.

Para mí fue siempre una interesante aventura armar el nacimiento. Lo hice en casa de mis padres hasta cuando mi esposa me sacó a vivir aparte, entonces lo continué haciendo en la nueva vivienda. Ahora es mi hija menor la que se entusiasma con ello, pero igual que con los gatos y la perra, es a mí a quien corresponde la lidia, por decirlo de alguna manera.

Se ha ido perdiendo la devoción o practica de hacer el pesebre. He visto casas donde antes se entusiasmaban por hacer aquel promontorio artificial, reducirlo a una canastilla con un papel verdoso en el fondo sobre el que colocan las imágenes y una que otra ovejita descarriada, con algunas lucecitas intermitentes. Son curiosas y llamativas artesanías que exigen los cada día más reducidos espacios en las viviendas.

6. Aquella iglesia de San Francisco

En aquella San Francisco de la infancia el fondo del altar mayor era un retablo de tres cuerpos. En el medio, la imagen de las Tres Ave Marías: Jesús, María y el Padre bajo el resplandor del Espíritu Santo en forma de paloma que revolotea sobre ellos. Al lado derecho, el seráfico de Asís con un crucifijo en la mano. Del lado izquierdo, San Antonio de Padua sosteniendo al Niño Dios sobre un libro y con un ramo de azucenas.

El sacerdote oficiaba en latín de espaldas a los feligreses y un monaguillo lo auxiliaba y respondía la liturgia. El libro del catecismo del padre Astete traía en un apéndice, al final, la celebración de la misa; nunca pude aprenderme ese lenguaje.

El oficiante volteaba y, de frente a los fieles, con los brazos extendidos exclamaba: ORATE FRATES. Se dice que en ese momento algunos sacerdotes alcanzaban a levitar. El presbiterio estaba limitado por el comulgatorio, consistente en una balaustrada en madera de carrito donde los participantes recibían la comunión de rodillas.

Las homilias y los sermones se decían desde el púlpito. Hecho éste en madera labrada, de forma octogonal, y el tornavoz, también en madera, tenía incrustada en el centro la imagen de una paloma con las alas abiertas: el Espíritu Santo, que iluminaba al orador. Algunas familias de la época tenían sus propios reclinatorios, identificados con los apellidos correspondientes, lo que les daba un sitio de privilegio en la parte delantera.

Para llegar a la iglesia había que subir varias gradas. Pasada la puerta una mampara impedía la vista plena hacia el interior. Por el lado derecho, la imagen de Jesús de la buena esperanza y a su derecha, de rodillas y encadenado, el reo de la historia de la sandalia de oro. A lo largo de la pared, en sus altares, la imagen de la virgen del Carmen, San Pedro y San Pablo, la virgen del Perpetuo Socorro, el Niño Jesús de Praga. San Pancracio, en un pedestal a un lado de la nave central cerca del comulgatorio.

Por la izquierda, al fondo, sobresalía la imagen de Jesús Nazareno con túnica de terciopelo morado, cabellos naturales (donados por distinguidas damas) tres potencias de plata incrustadas en la cabeza. El rostro y las manos de un color caramelo que valió el llamado de "Divino Negro" por el padre Federico López. Esta imagen es una auténtica reliquia artística; asombroso logro el de ese rostro adolorido y apesarado.

La iglesia de San Francisco ardió en junio 29 de 1962. Se quemó gran parte de la memoria católica de Santa Marta. La iglesia aquella de la infancia ya nunca más, pues sobre las ruinas no fue una reconstrucción lo que hicieron sino otra iglesia lo que construyeron, por cierto que inadecuada para el clima de la ciudad. Conservaron la fachada colonial que por donde se aprecie no encuadra con el resto de la construcción.

7. El Almacén Lola

Una mañana, estando en la iglesia de San Francisco colaborando en las vueltas de armar y desarmar el pesebre, desde la sacristía observé una hoguera en el patio y me acerqué a curiosear. Era uno de los hermanos franciscanos quemando las cartas que, ilusionados, colocábamos los niños a los pies del Niño Dios con la lista de regalos esperados para Nochebuena. Viéndose sorprendido y ante mi asombro, dijo: "Es que así el humo lleva los mensajes hasta el cielo". Yo le creí.

Las cartas, en su mayoría, eran formas ya impresas y repartidas a los niños por el almacén LOLA. Contenían un listado de juguetes de los cuales con una X marcábamos los deseados, escribíamos el nombre y la llevábamos a la iglesia.

En aquella Santa Marta no existían los almacenes de cadena y uno de los almacenes especializados en venta de juguetes era el almacén LOLA de Samuel Diazgranados, en la esquina de la carrera cuarta con calle (11) Cangrejal. Vendían desde un velocípedo hasta un muñeco lalito.

Un día, en temporada de vacaciones, el cielo comenzó a llenarse de globos azules, rojos, blancos, amarillos y verdes que brotaban de la carrera cuarta.

En el almacén LOLA habían dispuesto un cilindro de helio para inflar globos. Los globos volátiles atados a un hilo eran vendidos a cinco centavos.

El techo del almacén se fue llenando de bolas de colores con colita. Una manifestación de niños luchaba en la puerta por entrar chocando con los que trataban de salir. Niños lloraban por haber perdido el globo. Algunos porque en el forcejeo se caían, otros que por estar embobados viendo los demás soltaban el propio. Era un mar de confusión y llanto, y de globos disparados en ascenso vertical.

"¿Para dónde van?" Preguntaban los adultos a los niños que, con ojos de angustia y deseo, salían de todos los puntos de la ciudad rumbo a la carrera cuarta. Todos querían un globo de esos. Otros regresaban felices y contentos con el dedo índice atado al hilo vertical que sostenía un globo de color con ganas de volar.

A las cuatro de la tarde se agotaron los esféricos. Hubo protesta generalizada, berridos y pataletas. Unos porque perdieron el globo y otros porque no alcanzaron a comprar uno. Los dueños y dependientes del almacén se rascaban la cabeza mientras los papás y mamás, con cara de circunstancia, trataban de calmar a sus desconsolados párvulos.

Al final del día el cielo de Santa Marta, para propios y extraños, en un espectáculo crepuscular nunca visto, se mostraba iridiscente cubierto de pequeños puntos multicolores, al tiempo que desde la carrera cuarta, bajando por la calle (11) Cangrejal, buscando el mar, corría un río de lágrimas infantiles.

8. 1954, con la razón en uso

Cuando niños, los de mi generación vivimos en absoluto encantamiento hasta llegar a los siete años. Ni la primera comunión podía redimirnos de ese estado de la sin razón, considerada así por los adultos de entonces. Sin embargo, como hecho paradójico, teníamos capacidad para entender e interpretar las morisquetas que los mayores, padres y familiares nos cruzaban sobre las visitas cuando notaban nuestra presencia. Levantaban las cejas, torcían los labios, echaban hacia atrás la cabeza, chasqueaban los dedos, etc. Todo para indicarnos que los niños no intervienen en los asuntos y conversaciones de los mayores o que escucharlas es cuestión de mala educación y por tanto debíamos desaparecer. Claro que niños y aún sin poder echar mano de la razón, nosotros entendíamos perfectamente.

Cuando alcanzamos la edad de siete años nos reconocieron y concedieron el derecho de usar la razón: ya teníamos "uso de razón". Quizá por ello 1954 es el año de mayor fijación en mi memoria.

Mantengo la imagen del número 1954 en el almanaque ilustrado con la fotografía de una joven sonreída que pasaba todo el año con un cigarrillo humeante entre los dedos, cuando del misterioso reloj de péndulo (que por ningún motivo debía tocar) sonaron cuatro campanadas y los cristales comenzaron a chocar entre sí y las cosas se movían, y en medio del vértigo sentí que por la calle rodaba una inmensa rueda. Cuando salí a la calle a mirar, ya había pasado el primer temblor de tierra que recuerde.

La impresión que causó en mí ese hecho recién descubierto bajó pronto con el deleite de un pan francés caliente untado con mantequilla, que a esa hora comprábamos en las carretillas de la panadería La mano de Dios.

Un día de febrero, después de almuerzo en el que hubo "tití" y de sobremesa dulce de icaco, la Tía sentenció: "Me voy para Barranquilla y tú vas conmigo".

Somnoliento aún, a las cinco de la mañana abordé la camioneta de Avianca, que en los lados tenía impreso el emblema de la empresa: un cóndor con las alas extendidas sobre el globo terráqueo. El aeropuerto Simón Bolívar era en ese entonces una casucha con torre de control y terraza abierta hacia la pista. Amanecía cuando abordamos el pequeño bimotor, DC3. Como quien escala una loma alcancé un puesto delantero cerca de la ventanilla. Viendo mar por todas partes, con el cinturón ajustado hasta la asfixia, me aferraba a la silla para evitar las caídas repentinas y breves del avión: vacíos, decían. Apareció la azafata ofreciendo sándwiches y gaseosas: "No puedes comer nada porque te vomitas", dijo la tía. Ese sándwich empacado en celofán con el distintivo de Avianca quedó fijado en mi mente como un apetitoso deseo frustrado durante ocho años, hasta cuando con mi mamá abordamos otro DC3 con destino Medellín, y pude satisfacerlo por partida doble, por generosidad de ella.

En Barranquilla, calzando zapatos un número más grande, inútilmente acuñados con algodón, fuimos bien temprano a casa de una parienta por donde pasaría la Batalla de flores. De las carrozas recuerdo la de Avianca: un avión dando vueltas alrededor del mundo; la niña sentada en una media luna, de Colombina y el desfile de cabezones con rostro de personajes del gobierno y la política; los toritos y las

marimondas entre otra cantidad de genialidades del carnaval de la costa. Las reinas, al son de flautas y tambores, repartían besos y sonrisas mientras arrojaban al público flores, bolsitas de confeti y rollitos de serpentinas. La emoción de los disfraces y las comparsas me hizo olvidar la incomodidad de los zapatos. El ritmo entró en mis huesos y fijo en el puesto empecé a seguirlo con movimientos torpes de brazos y piernas. Al fin y al cabo era un inicio.

Una de las reinas saludó por el nombre a la parienta y nos llenó de besos aéreos y confeti. A poca distancia cayó un paquete de serpentina. Cuando ya estaba listo para descargar el impulso y lanzarme sobre él, sentí un fuerte apretón en el brazo: "Cuidadito con moverte de ahí". La alegría de aquel momento quedó congelada y todo lo demás empezó a parecerme aburrido.

9. IRIS, el almacén de mi padre

El vapor IRIS cruzaba el río Magdalena. Mi abuelo, Joaquín Eusebio Zúñiga Zubiría, navegaba en él. Salía del Muelle de las Mercedes de Cienaga a Barranquilla y regresaba.

Mi padre, nacido en Remolino, terminó de gestarse en Barranquilla. Muy niño llegó a Santa Marta, cursó la básica primaria y sin más debió enfrentarse a la vida.

En memoria de su padre y de aquella embarcación llamó IRIS el almacén de ranchos y licores que abrió para entrar en firme en el mundo del comercio. Lo recuerdo en la esquina de la carrera 4ª con calle de la Cruz (la 12). Era un local grande con varias puertas, surtido de galletas, conservas y dulces; frutas frescas y manzanas secas; latas de semillas de marañón tostadas; quesos y vinos; y otros artículos importados y nacionales.

Una de las puertas que daban hacia la calle de la Cruz permanecía cerrada, allí montó Chao (José Alais Torres) su biblioteca de paquitos y taller de reparación de gafas y espejuelos. Cuando don Simón Solano remodeló el edificio, el Iris se desplazó sobre la carrera cuarta y Chao fue a montar su tenderete en la calle Cangrejalito (10C).

En aquel tiempo (años cincuenta) mi papá, de camisa de cuello y corbata, atendía el Iris en compañía de la tía Olimpia. Los sábados por la tarde ella descansaba y el almacén se convertía en un tertuliadero donde se congregaba un importante sector de la intelectualidad de la época: Hugo J. y Álvaro Bermúdez Bermúdez, Andrés Villanueva Amarís, Agustín Iguarán, Enrique de Andrés, José Ramón Yanet, los hermanos Benavides Macea, Eduardo Bravo, Samuel Jiménez Nieto, entre otros que harían demasiado extensa la lista.

Tertuliaban sobre historia griega y romana, la segunda Guerra mundial, historia y política colombiana y hasta de religión. Los viernes santos no faltaba el orador que elevara la voz en su propia versión del sermón de las siete palabras.

Joaco, como lo llamaban, mantenía una chispa de humor a flor de labios, que en ocasiones rayaba en la irreverencia sin distinción.

Juanita Núñez, hermana del profesor Manuel Gregorio Núñez, rector del colegio Gimnasio Santa Marta, llegaba los domingos después de misa de once. Separaba con rigurosidad los productos que compraba: para Susana, su cuñada, los de aseo e higiene personal, que debían empacarse con la mayor discreción, y para ella todo lo que fuera comestible.

“Susana –dijo Juanita un día–, que le mandes media docena de papel higiénico de colores, que están de moda”. La respuesta de Joaco fue categórica: “Mira, Juanita, dile a Susana que sólo tengo blancos, que el color se lo pone ella”. En otra oportunidad Juanita pidió una escoba y él le preguntó si se la envolvía o si se iba montada en ella...

Vivíamos en esquina de la calle de la Cruz con carrera sexta. Cuando llovía se formaba un charco en la carrera, de calle a calle. Los pelaos chapoteábamos, jugábamos con barquitos de papel o perseguíamos las mariposas multicolores que revoloteaban sobre el agua. Con el paso de los días aparecían los zancudos y un hedor imposible. Mi papá hizo publicar, entonces, en el periódico La Época, de

Asdrúbal Amarís, un aviso: "Joaquín A. Zúñiga Martínez se complace en invitar al señor Alcalde y familia a disfrutar de un baño en la piscina que tiene frente a su casa, en la carrera sexta entre calles once y doce".

El Alcalde libró contra él orden de arresto por irrespeto a la primera autoridad del municipio. Varios policías al mando del inspector de la Norte se apostaron en la puerta del Iris esperando retenerlo a la hora del cierre. Joaco no salió. Hubo de pernoctar dos días en el almacén mientras Rubén 'el pollo' Cayón y Alfredo 'el loco' Rocha atemperaron al disgustado alcalde y éste conmutó el arresto por el pago de una multa.

Un sábado cualquiera manifestó a sus amigos el deseo de escribir un libro que titularía "Cuarenta años de mostrador". Enrique De Andrés se ofreció de prologuista y propuso a Ramón 'Monche' Aicardi para la redacción. Hicieron varias reuniones matutinas de preparación, pero la parca se atravesó llevándose a Monche y el tema se congeló.

El Iris fue proveedor de la mayoría de chaceros de la ciudad, igual que de tiendas y de importantes establecimientos nocturnos. Distribuidor, por varios años, de Licores de Caldas y del inigualable y delicioso producto elaborado por don Antonio Fernández: "el batido costeño" o panelita de leche con coco.

Cualquier día, por variadas razones y con el pasivo saneado, Joaco decidió cerrar las puertas del almacén Iris. Abandonó el trago y aborreció el cigarrillo. Se dedicó en adelante, al lado de Elsa Ceballos, su esposa, a recuperar y vivir la etapa hogareña que el negocio le había impedido. Vivió a plenitud los pocos años que le siguieron: salía a diligencias y compras, se extasiaba viendo las plantas y escuchando el trino de los pájaros, los domingos, bajo un viejo ciruelo, escuchaba por radio el partido del Unión Magdalena.

"Dios cómo te amo", solía decir cuando tenía motivos para enfadarse y soltar un nojodazo. Murió en silencio al lado de mi mamá el siete de abril de 1979, víspera de domingo de Ramos.

10. En aquella Semana Santa

Cuando niños –y eso hace ya más de cincuenta años–, vivíamos con cierta sombra de temor. No obstante la alegría de estrenar vida, disfrutar de los juegos, contar con el apoyo familiar y la compañía de amigos recientes, y de gozar con aventuras y travesuras, siempre había algo que nos mortificaba, en especial en la oscuridad de la noche. Se decía, entonces, que era el gusanillo de la conciencia.

Por muy alegres y desprevenidos, en medio de aquella inocencia, con que enfrentáramos la vida, nos perseguía el fantasma del pecado. Recuerdo que los pelaos nos reuníamos a discutir cuáles de las cosas que hacíamos eran pecaminosas y cuáles no. En más de una ocasión acosábamos con preguntas a los mayores, y éstos se veían acorralados por la duda de qué responder para no quebrar la inocencia infantil de aquel entonces.

Teníamos que hacer cosas sin saber ni entender el porqué. Una de éstas era la obligación de ir a misa los domingos como requisito previo para salir de paseo o a jugar, y que se hizo más compleja cuando con uniforme debíamos asistir a la del colegio. En los preparativos para la primera comunión sólo nos animaba la expectativa de recibir regalos y estrenar, porque el resto era algo tenebroso, y detrás de cada acto que hacíamos estaba el diablo feriendo tentaciones.

En la escuela, centro del saber y del conocimiento, se complicaron aún más las cosas con la clase de religión. El catecismo del padre Astete sembró el terror. Todo era malo, todo era pecado. Debíamos aprenderlo de memoria al pie de la letra. Cada lección nos mostraba cuán pecadores éramos, y no aprenderla nos hacía acreedores a varios palmetazos. La disyuntiva era: o le temes al diablo o le temes a la palmeta.

Así nos hicieron creyentes. Inculcaron en nosotros la fe, eso de creer lo que no vemos porque Dios lo ha revelado y el misterio de la Santísima trinidad. Creímos con frenesí en la representación de la Semana Santa como un hecho real y en las imágenes como una materialización de lo divino; por eso se las veía diferentes a las personas, pero, creíamos, tenían alguna forma de vida.

Cuando llegaba el domingo de Ramos desbordábamos de entusiasmo por conseguir la palma de cera. Por la tarde acompañábamos la procesión de Cristo Rey, que salía de San Francisco. La gente desfilaba agitando palmas y cantando el “Tú reinarás”. La imagen de Jesús ataviada con una capa pluvial festiva que sacaban en andas ese día, era la misma, descubrimos después, que utilizaban como San José en el pesebre.

Silenciaban las campanas y para anunciar los actos litúrgicos le daban manivela a una matraca que se oía tan fuerte como aquéllas. Las imágenes de los santos eran cubiertas con una tela morada para evitar que los fieles perdieran el tiempo rezándoles y descuidaran la adoración debida al Santísimo.

La playas quedaban desiertas, pues se temía a la sentencia de que quien se bañara en el mar se convertiría en sirena. Los pelaos, entonces, nos limitábamos a observar el vuelo en formación geométrica de bandadas de alcatraces. Las emisoras solo emitían música clásica y los cines pasaban las mismas películas de los años anteriores: Quo vadis, El Mártir del Calvario, Ben Hur y el Manto Sagrado. Y como

todos los años, la gente que trataba de entrar al Teatro Variedades era tanta que terminaban rompiendo los vidrios de la taquilla.

El Viernes Santo, bajo un clima abrasante, la ciudad se movía amodorrada. En las casas no hacían oficios ni cocinaban, y muchos ni se bañaban: esas cosas ofendían al Señor. Al medio día algunas personas acostumbraban echar un huevo en medio vaso de agua; el calor hacía que la clara subiera en forma de castillos de cristal, lo cual era interpretado como si fuera un oráculo. Se permitía, eso sí, paladear con mesura una deliciosa porción de "rasguño"

Cerca de las tres de la tarde, después de una mañana calurosa, el día se tornaba lúgubre, con un cielo tapado por nubes oscuras. En la catedral el obispo comenzaba el Sermón de las siete palabras. Las emisoras radiales transmitían en cadena el pronunciado por el Cardenal primado de Colombia, desde Bogotá. Siete palabras que parieron otras siete y se siguieron multiplicando. El sermón terminaba, con un auditorio al borde de la agonía, después de las seis. En la plaza, la gente apretujada esperaba impaciente la salida del Santo entierro.

11. Domingo de Resurrección

(Comienzo de los sesentas)

Durante Jueves y Viernes Santos las voces de las campanas eran reemplazadas por el tra-tra-tra-tra-tra... de una matraca instalada en el campanario de las iglesias. Las imágenes del santoral habían sido cubiertas con paños morados. Por la radio sólo se escuchaba música clásica, en especial de Bach. Todo el ambiente llamaba al recogimiento, incluso el clima el día viernes, créanlo o no, después de un intenso sol al mediodía, se tornaba nublado y oscuro a partir de la hora Nona.

Ya habíamos superado la amenaza de convertirnos en sirenas si nos metíamos en el mar. En años anteriores, por esa razón, las playas permanecían desiertas. No obstante haber superado ese temor, no era mucha la concurrencia y pese a todo las aguas se notaban diáfanas y las olas bajas y lentas en su vaivén. Para ese entonces, durante la Semana Santa el ambiente en general era de recogimiento, las personas vestían con mucho recato, hasta de luto las mujeres, y se movían como mucha solemnidad y respeto por la fecha; pienso que era el reflejo colectivo, conciente o inconciente, de las creencias inculcadas desde niños que aún no habían sido quebradas y superadas. El respeto y temor a la divinidad se hacían manifiestos.

Al llegar el sábado de Gloria el ambiente cambiaba, la música ya era más alegre, aunque todavía suave. A las doce del día volvían a sonar las campanas en un repiqueteo de alegría y, en tiempos del mercado público en la plaza de San Francisco, los carniceros azotaban los cuchillos contra las lozas de mármol de las mesas y los perros en jauría corrían en estampida sin rumbo. En las iglesias se preparaba la Vigilia Pascual para encender el cirio con el fuego nuevo y bendecir las aguas de las fuentes bautismales.

Terminaba así la Semana de Pasión y se abría el período pascual. El nuevo fuego, con el cual se encendía el cirio, se hacía manifiesto de forma emotiva con la procesión del resucitado en la madrugada del domingo.

La despertada era a las cuatro de la mañana para poder hacer presencia en la plaza de San Francisco y lograr un buen puesto, antes de la cinco. A esa hora desde la catedral comenzaba el desfile de recepción encabezado por la virgen María y seguido por San Juan, San Pablo y San Pedro, la Magdalena, Santa Marta. Tomaban la carrera cuarta para llegar a la plaza de San Francisco. Mientras, al otro extremo, por la carrera cuarta, desde la parte trasera de la iglesia en la calle de la Cruz, aparecía la imagen de Jesús resucitado; mayor al canon natural, con el brazo derecho hacia arriba y en la mano izquierda un pendón, con sus partes íntimas medio cubiertas por una sábana que arrastró desde el sepulcro, y flotando sobre una nube.

Al aproximarse a la plaza los portadores de la imagen la mueven hacia los lados y hacia atrás y adelante, saludando, al son de la música de la banda Santa Cecilia que ha empezado a tocar música alegre. Las otras imágenes, que ya habían llegado a la plaza, hacen lo mismo mientras se ubican a un lado para darle paso al resucitado. La gente emocionada aplaude y agita pañuelos blancos, y de otros colores y cuadritos también. La procesión sigue hasta llegar a la catedral donde la imagen del resucitado

permanecerá expuesta durante cuarenta días, al final de los cuales volará hasta perderse entre las nubes.

En la iglesia San Francisco, en una especie de gruta armada con los papeles del pesebre, permanecía el sepulcro vacío, la imagen había sido muy bien cubierta con una sábana que daba esa apariencia. Años después ya no decoraban el ambiente y sólo cubrían el rostro de la imagen dentro del sepulcro con un pañito morado que no disimulaba para nada su presencia.

Ese día, a pesar de ser domingo, nos embargaba una especie de nostalgia o aburrimiento, y no era otra cosa que el saber que llegaba el lunes y había que volver al colegio.

12. Las primeras letras

Llegamos al colegio San José. Acompañaba a mi madre que iba a conversar con la rectora sobre asuntos relacionados con actividades lúdicas en que participaría mi hermana mayor.

Mi madre conversaba con la señora Victoria Varona, rectora, sobre los preparativos mientras yo recorría con la mirada todos los puntos de la oficina de la dirección. Entre cuadros y adornos me llamó la atención un tazón de vidrio lleno de boliches de colores. La señora Victoria al ver que mantenía la mirada fija en los boliches, pregunto: ¿Te gustan? Sí, sí me gustan, respondí. Si vienes mañana a clases te daremos muchos boliches de esos, afirmó la señora. Queda claro, pues, que mi arribo a la escuela no fue por interés a las letras ni al conocimiento sino movido por la promesa de unos boliches, que nunca se cumplió. Llegué en el segundo semestre y esos tres o cuatro meses, olvidada la promesa, fueron el comienzo de mi etapa de estudiante que, aparte de alguna que otra dificultad, es la que más me he gozado de la vida.

Asistí a clases, al siguiente día, de pantalón corto (así nos vestían), camisa de cuadros y zapatos de cuero medias botas, y colgada al hombro una bolsita de tela azul claro, como una mochila, en la que llevaba un frasco con fresco de leche con chocolate, como merienda. No recuerdo el nombre de la maestra encargada del grupo. Era una mujer joven, muy bonita y nos trataba bien. En cambio la del otro grupo, más avanzado, sí que era diferente: regañona, fea, alta, flaca y pálida; tenía una rara conformación de boca que parecía que mantuviera los labios apretados, como si estuviera brava todo el tiempo. Era la temible señora Matilde. Por alguna circunstancia un día la señora Matilde se quedó a cuidar el grupo y a enseñarnos los números: "El dos parece un patito" y aprendimos el dos; cuando habló del tres y lo dibujó en el tablero, le dije: "señor, el tres es como un gallinazo de los que dibujamos en los paisajes, pero de lado, ¿verdad?". Se me acercó sin dejar de mirarme y me dio un fuerte tirón de oreja, para que no hiciera "comparaciones insulsas".

El primer libro, si así puede llamarse, fue la "cartilla de cartón"; sobre cuadros de colores tenía el abecedario en minúsculas de un lado y en mayúsculas del otro. La forma más fácil de portarla era doblada en cuatro y acomodada en el bolsillo trasero del pantalón. Al poco tiempo quedaba convertida en cuatro pedazos. Después pasamos a un libro de verdad: la cartilla "Alegría de leer".

Hice ligas con dos compañeras: Isabel y Celina, desordenadas a cuál más. Con ellas conocí los primeros castigos: de pie frente a un rincón del salón y sin recreo. Isabel era blanca, pálida y llena de pecas; le decían 'la rana'. Celina era morena. Nunca más las volví a ver.

A la salida del colegio, siguiendo la recomendación, me iba derecho a casa por toda la carrera sexta. Derecho por decir. Con Celina nos acompañábamos hasta la calle de la Cárcel, allí ella doblaba. Hacíamos el recorrido en zigzag, pasando de un andén a otro, recogiendo y tirando cosas o chapoteando agua en los charcos. En la esquina de la calle Grande con carrera sexta permanecía un señor metido de cabeza en un extraño mueble de madera. Era el dueño de la Foto Ospina en la puerta del local aprovechando la luz del día para retocar los negativos. Allí nos deteníamos un

rato observando las fotos de la galería. Más adelante, en la esquina de la calle de la Acequia, en la tienda del chino Rafael Tang, nos deteníamos para ver cargar el hielo en los carritos de mula amarillos y luego de meternos por el "túnel" formado por las puertas de la droguería del señor Arturo Redondo Pana, cada uno cogía para su casa.

Nunca recibí un boliche y las veces que me crucé con la seño Victoria, por puro temor reverencial, no fui capaz de recordarle la promesa. Tampoco vi nunca a los demás niños jugar con boliches, lo que me hace pensar que estaba prohibido y los que vi en el tazón en la rectoría no eran sino el cuerpo del delito, decomisado a los infractores.

El día de la sesión solemne, a fin del año escolar, asistí vestido de pantalón corto, camisa blanca y corbata de abrochar detrás del cuello. La seño Matilde como maestra de ceremonia empezó a llamar a los niños para hacer entrega de los premios por: asistencia, buena conducta, aplicación, orden y disciplina, aseo personal, etc. Cuando ya parecía que todo había terminado, resonó en el recinto la voz de la seño Victoria cuando dijo: Joaquín Antonio Zúñiga Ceballos... ¡Premio de esperanza!

13. Cuando conocí el tren

De las cosas interesantes que encontré cuando nos mudamos a la calle de la Cruz (12) con carrera sexta fue que el ferrocarril cruzaba a dos cuadras por el lado de la calle y por la carrera a dos cuadras también. En el cruce de la calle o paso nivel había una caseta y allí permanecía un empleado de los ferrocarriles, el guardavías, que cuando el tren se aproximaba salía y agitaba una banderola para indicar a los conductores de los pocos vehículos que transitaban en ese entonces que debían detenerse hasta cuando el tren terminara de pasar.

Por muchas advertencias que nos hicieran en casa siempre nos atrevíamos a corretear por entre los rieles saltando por los durmientes. Muchas veces nos quedábamos sentados sobre las piedras a un lado de la vía viendo pasar la interminable cadena formada por los vagones de carga, colorados, que traían racimos de guineo verde para el puerto. El fuerte trepidar del paso de esos vagones sobre las uniones de los rieles hacía temblar la tierra y nos producía cierta opresión en el pecho. Había trenes que tenían más de cien vagones.

Cuando el tránsito automotor aumentó, la hilera de carros en la calle esperando que terminara el paso del tren también se hizo interminable. Ante el aumento de vehículos y la frecuencia del paso de los trenes cargados, fueron instaladas las barreras. Consistían éstas en una palanca larga fijada a un eje por un extremo. Cuando se acercaba el tren era bajada y quedaba cruzada a lo ancho de la calle para impedir el paso de los vehículos. El guardavías era el encargado de bajar y subir la barrera desde la caseta.

Por la mañana temprano salía el tren de pasajeros llamado "El especial" con destino Ciénaga, Fundación y estaciones intermedias. Halados por una locomotora de vapor, de color negro, que resoplaba por los lados al movimiento de los pistones y expelía humo por la larga chimenea, seguían los vagones de pasajeros. Eran éstos hechos en madera sobre estructuras metálicas, pintados de verde. Se distinguían tres clases: de primera, dotados con sillas de dos puestos, con cojines abullonados y espaldares desplazables, que permitían cambiar el sentido de la orientación, ya con vista hacia adelante o hacia atrás, lo cual hacía posible que dos sillas quedaran de frente entre sí.

Seguían los de segunda, con sillas de dos puestos, con espaldares fijos y fondos en madera, y los de tercera, que tenían una larga banca de madera a cada lado en la que debían acomodarse los pasajeros. Este tren regresaba en las horas de la tarde y recibía el nombre de "El ordinario"

Otro de los trenes era el llamado "de palito", que llegaba hasta Gamarra y era mixto; esto es, de carga y de pasajeros.

A partir de 1961, con la integración del Ferrocarril del Magdalena a la red del Ferrocarril del Atlántico, comenzó a operar el autoferro con destino final Bogotá. Años más tarde empezaron a operar el Tren de lujo y el Expreso del sol.

Los trenes de pasajeros llegaban a la Estación, un edificio verde con blanco que estaba al lado sur de la vía entre carreras 3ª y 4ª y con entrada por la calle 10B.

El tren con los vagones colorados cargados de guineo verde seguía en línea curva a la derecha hasta llegar al puerto para ser descargado. Los trenes de

pasajeros al llegar quedaban con la locomotora en dirección a occidente, de modo que para un nuevo viaje debían cambiar de sentido. Utilizando los mecanismos de cambio de vías continuaban la marcha por un ramal hacia la izquierda hasta llegar próximos a la calle de la Cruz (12); de ahí regresaban en reverso y por maniobras de los cambios de vías lograban ponerse en posición de partida.

14. Ojos que nada expresan

Las sillas fueron dispuestas en la sala como para una fiesta de cumpleaños. En las paredes desnudas se veían los clavos de donde colgaban los cuadros que fueron retirados. Sólo dejaron el del Sagrado Corazón de Jesús: de marco grueso con la lámina desteñida, una lamparita en la base con un bombillo flamígero y un cuerno, pegado a la pared, con unos claveles de papel cagados de mosca.

Los niños del vecindario, de pantalones cortos y camisas recién planchadas, el cabello húmedo y bien peinados, y algunos con los zapatos deslustrados, fueron llegando. Entraron y en silencio tomaron asiento como en un acto preparado y ensayado. Mantenían una mirada vaga con una expresión de desconcierto y expectativa.

En el salón de al lado los adultos rodeaban a la madre: una señora gorda, con avanzado estado de embarazo, desparramada en un mecedor y con los ojos abotagados. Nadie lloraba. En estas circunstancias no se debe llorar, decía una señora de avanzada edad que trataba de consolar a la madre.

Cuando llegó el desfile de estudiantes del colegio donde la madre era profesora, formados en dos filas, precedidos por un grupo que portaba un mástil coronado con un ramillete de lazos del que salían cintas blancas y azules, cada una sostenida en el extremo por un estudiante, nos dijeron que nos acercáramos para dar el último adiós a Miguel.

En el centro de la sala, sobre una mesita, estaba el pequeño ataúd blanco bordeado de encajes y pequeñas flores azules. Allí estaba el cuerpo de Miguel con los dedos de las manos entrecruzados sobre el pecho, las mejillas y los labios habían sido coloreados, y mantenía los ojos abiertos. Los párpados separados por pedazos de palillo dejaban ver unos ojos cuajados, que no miraban, no expresaban amor –como dijera el poeta-, ojos inexpresivos. Los niños cuando mueren –dijo alguien– hay que sepultarlos con los ojos abiertos para que vean el camino que los conducirá al cielo, y no se pierdan.

Fue ese el primer cadáver que vi, mi primer contacto con la muerte. El tema de por qué mueren los niños dio vueltas y revueltas en nuestras mentes durante algún tiempo, pero pronto quedó congelado.

Tiempo después, en las conversaciones de la esquina, alguien quiso hablar de la muerte y sus misterios, pero igual, el tema se congeló. Y sigue congelado.

Años más tarde, caminaba por el vecindario con Rebeca cuando vimos que entraban un ataúd negro en una casa. Nos colamos hasta la alcoba y vimos sobre la cama el cuerpo amortajado de un anciano. De piel color ocre verdoso, tenía las mejillas hundidas, los ojos cerrados y con un pañuelo alrededor de la cabeza trataban de mantenerle la boca cerrada. Sobre la mesa de noche había un plato con una esponja enjabonada y una máquina de afeitar.

De otro cuarto se escuchaba un llanto lamentoso. Una señora muy delgada, cargada de años y con una cara muy agria, vestida de negro, entró en la alcoba con una camándula en la mano. “Niños, salgan que vamos a rezar un rosario”, nos dijo.

En la sala encontramos una mesa y sobre ésta un crucifijo y dos candelabros plateados; ya habían colocado una fotografía del finado y encendido varias veladoras. En el suelo, un señor regaba cal en el fondo del cajón.

Era un cofre forrado en tela negra con aplicaciones en papel plateado. La sala de la casa estaba organizada con las sillas siguiendo las líneas de las paredes. Un grupo de señoras rezaba otro rosario.

Afuera, sobre los andenes, unas bancas largas empezaban a ser ocupadas por señores mayores que tomaban ron. Con ellos estaban algunas señoras y una de ellas comentaba que afortunadamente la hermana del difunto había llegado a tiempo para amortajarlo, porque esa tarea no se le puede encomendar a ningún particular: "No, mijita, ese es uno de los favores que nunca terminan de pagarse", dijo.

Dale Señor el descanso eterno... Brille para él la luz perpetua. Y dos veces más.

La señora delgada, vestida de negro y cara agria terminaba de rezar otro rosario. Habían pasado la noche en vela y ya empezaban a llegar otras personas para el sepelio.

Rebeca fue temprano a buscarme. Aunque ella no tenía velas en ese entierro, estaba vestida para la ocasión: overol gris y blusa negra, de una de sus hermanas mayores. Del bolsillo trasero salía parte de un rosario infantil, de cuentas blancas.

Durante la noche trajeron más bancas. Otros señores estaban llegando. El hermano y los dos hijos del difunto vestían camisa blanca de mangas largas, corbata negra y brazal del mismo color en la manga izquierda. Recibían abrazos sonados y emotivos de los que llegaban, que murmuraban cosas. Algunos repetían el abrazo antes de apartarse. Oía a ron y a cigarrillo.

En el interior de la casa se percibía un fuerte olor a café recién preparado y el profundo silencio inconfundible de la muerte, roto apenas por los sollozos. Las personas se movían con lentitud. Cuando entraba algún familiar o allegado a expresar sus condolencias los sollozos variaban a llanto y lamentos; alaridos recordando hechos de la vida del ahora difunto con quien saludaba.

En el centro del salón, sobre dos banquetas, estaba el féretro; debajo, una ponchera con hielo, y algunas coronas de flores en el piso. Parte de la tapa levantada permitía ver el rostro del cadáver. Habían quitado el pañuelo que sostenía la barbilla y aplicado colorete en las mejillas. Los visitantes, luego de expresar sus condolencias se detenían ante él por un momento, se persignaban y con paso lento buscaban un lugar donde hacerse.

La carroza de la funeraria La Moderna llegó a la hora indicada. El sonido ronco del pito generó gran turbación en el interior de la casa. Los familiares aferrados al ataúd emitían gritos quebrados, y seis hombres, entre ellos el hermano y los dos hijos, se disponían a cargar el féretro.

El desfile, precedido por la carroza, bajó por la calle hasta la avenida quinta, volteó a la izquierda y siguió por ésta hasta la calle veintiuna en la que dobló otra vez a la izquierda y siguió hasta llegar al cementerio San Miguel. Con paso lento, pues lo contrarió sería demostrar afán por deshacerse del muerto, el cajón fue llevado en hombros, como último homenaje al finado.

El sacerdote, ataviado con ornamentos fúnebres y capa pluvial negra con arabescos bordados con hilo dorado, acompañado por tres monaguillos portadores de

los dos cirios y del crucifijo, no estaba presente. Eso sólo se da en los entierros de primera y éste no lo era.

En los entierros de gente humilde como ésta, que sólo les alcanza para pagar unas honras fúnebres de tercera, el sacerdote, aviado con ornamentos sencillos espera el séquito en la puerta de la capilla o a la entrada del cementerio.

A la llegada, la marcha se detuvo frente al sacerdote, quien pronunció alguna fórmula sacramental y con hisopo en mano asperjó agua bendita sobre el ataúd...
Brille para él la luz perpetua...

15. Mar de leva

El comentario corría por toda la ciudad como la brisa: "El mar está pircado". Los pelaos, emocionados, hacían preparativos para el encuentro en la playa.

La mañana, pese al fuerte sol, tomaba una connotación brumosa por las partículas de agua dispersas en el aire. Las olas encrespadas alcanzaban más de diez metros. Unas reventaban con fuerza sobre la arena salpicando espuma y otras, en cambio, se deslizaban suavemente entrando más allá de lo acostumbrado en la playa.

Bien temprano empezaban a llegar los pelaos. Venían en vestidos de baño, pantalonetas o "mochos", descalzos y si acaso con camisetas, pues llevar más prendas era correr el riesgo de perderlas y, además, los ánimos no estaban en esos momentos para cuidar ropa.

Las olas en la bahía de Santa Marta se forman próximas a la orilla, contrario a lo que sucede en otras playas, que desde bien adentro ya vienen arqueadas y con las crestas espumosas. Por eso no son aptas para practicar el surf (deslizarse de pie sobre las olas en una tabla).

Para bañarse en el mar de leva sin riesgo de tragar agua había que conocer las maneras de enfrentar el oleaje. Así, cuando la ola venía alta pero aún no había formado la cresta, se saltaba para subir con ella; si ya traía la cresta formada y estaba próxima a reventar había que agacharse y dejar que pasara por encima o clavarse en la curvatura. No guardar alguna de estas recomendaciones era exponerse a ser arrastrado envuelto en un remolino de agua y arena, con pérdida del sentido de orientación; esto es, sin distinguir dónde es arriba y dónde abajo y tragar buenos buchados de agua. Las víctimas de esas revolcadas terminaban arrojados como Jonás sobre la arena, se levantaban acezantes y turulatos como zombis, con los ojos desorbitados. ¡Tremendo susto!

Toda la playa era un espectáculo que gozaban tanto bañistas como observadores. En el malecón, al final de la calle Santa Rita, el reventar de las olas formaba diversas figuras con la espuma que ascendía impulsada por la fuerza del choque. Muchos muchachos utilizaban el tajamar como trampolín para lanzarse al agua, haciendo figuras acrobáticas con el cuerpo antes de chocar con la ola.

Por las noches, las figuras que hacía la espuma al esparcirse en el aire resaltaban brillantes por los reflejos de luz sobre el fondo oscuro del firmamento, haciendo el espectáculo más fascinante y atractivo.

Cada vez que pasaba por ese sector, del malecón o tajamar de la calle Santa Rita, se encendían en mi mente los recuerdos de aquellos años en que nos gozábamos el mar de leva. Hoy, ya el agua no choca con el tajamar: se ha retirado varios metros por efecto de los espolones y se ha ampliado el espacio de arena en el empalme de la playa con las instalaciones de la marina internacional. Desde el camellón, por esos lados, no se puede ver el mar ni el horizonte ni El Morro: lo impide una valla metálica que delinea el bordillo del rompeolas y limita el acceso al área de la marina.

16. La época del chipi chipi

En esa época –y me refiero propiamente a los años cincuenta– en las proximidades de la bahía se percibía el olor a yodo. La brisa arrastraba un tufillo de mariscos muertos y de agua salada. Los colores del mar cubrían una amplia gama de verdes y azules agrisados en mezclas con amarillos ocres y violetas profundos. Distinto en todo sentido al lúgubre verdiazul tizado de negro con olor a mierda que se presenta hoy día a la vista de todos y revuelve nostalgias, en contraste con viejos recuerdos de lo que fue y ya no volverá a ser, sencillamente porque desapareció y la naturaleza no se regenera igual por más máscaras o caretas que quieran ponérsele encima para ocultar la huella indeleble del paso de las generaciones.

Era aquella Santa Marta rezagada, que algunos han llamado bucólica, tal vez por su cadencia poética y por su relativa tranquilidad en el paso de las cosas. Diferente a lo que era Barranquilla: impetuosa, metida en el comercio y con vientos de industria, donde las personas ya andaban de prisa y los carteristas y raponeros ya habían hecho su aparición en la escena delictiva, condición de las ciudades avanzadas en el desarrollo comercial. Aquí apenas se contaba uno que otro ladronzuelo, que todos conocían.

Al caer la tarde las familias se sentaban a la puerta de las casas, en mecedoras y taburetes a tomar el aire fresco. Eran pocos los vehículos que transitaban en ese entonces, por lo que era también poco el riesgo que corrían esas familias. Esa costumbre ha estado tan arraigada en los samarios que aún persiste en algunos barrios y es frecuente toparse con esas pintorescas escenas en algunas calles del centro. Cabe decir, de paso, que sorprende también la soledad que hoy se observa en algunos sectores, pasada la hora vespertina.

El baño de mar en la bahía era la rutina de los niños y jóvenes en el período vacacional. Era costumbre de muchos ir muy temprano para recoger chipi chipis, una especie de almejas pequeñas que se encontraban bajo la superficie de la arena y quedaban al descubierto por un instante tras el reflujó de la ola. Por el lado norte, frente del edificio de la Aduana, donde terminaba la playa, abundaba el chipi chipi, igual que los cangrejitos.

Los pelaos llenaban potes que llevaban a sus casas, donde preparaban el típico y afamado arroz de chipi chipi, que igual que el de tití, prácticamente desapareció de la dieta samaria, aunque sigue siendo un plato apetecido en el resto del Caribe.

17. Eran otros los que pescaban

Cuando la puerta del cobertizo, pintado de color rojo muerto, estaba sin candado entrábamos sin problema alguno. Ahí estaba "La Diva", un yate grande, de lujo, aviado para surcar las olas en faenas de pesca de arrastre.

Desde la ronda interior del cobertizo se apreciaba un mar sereno con una transparencia de cristal que permitía ver el fondo. Los peces con pijamas rayadas de amarillo, negro y blanco se movían uno detrás del otro como en un desfile de carnaval; de pronto aparecían los colorados, ariscos y de movimientos bruscos e inesperados, como bailarines de un ballet ruso, o la serenidad solemne de un pez lora, teñido de verdes azulosos y amarillos diluidos, con cara de contrariedad, o la majestuosidad solitaria de un pez sapo como un capuchino resignado, y una que otra estrella de mar extraviada de sus profundidades.

El barrio Ancón estaba allá, del otro lado de la carretera, pegado a las Abras de Santa Ana. Allí estaban las casas donde vivían algunos compañeros de colegio: los Deluque, los Ponzón, los Chacín. También la Virgen del Carmen, en casa de los Arango en espera del próximo 17 de julio para otra procesión en lancha hasta la bahía. Celebración que ha continuado a cargo de los ex trabajadores portuarios después de desaparecer este pintoresco barrio, en la consolidación de nuestra "indeclinable vocación turística".

Estaban, también, los restaurantes Subi, Franca y Pargo rojo, que nunca visité, pero sí oí decir que en alguno de esos concluían, con una posta de sierra, un pargo frito o una cazuela de mariscos, muchos de los temas de las tertulias iniciadas en el almacén Iris.

Nosotros estábamos acá, en el muelle de cabotaje, el romántico muellecito de madera donde pasábamos horas esperando el favor de un caritativo pez que picara, pero todos, como en común acuerdo, despreciaban la apetitosa carnada que les ofrecíamos y continuaban nadando, indiferentes, moviendo sus colas en un acto de provocación burlesca. Debíamos, entonces, resignarnos a mirar cómo otros pescadores a escasos metros de distancia, jalaban uno tras otro los esquivos peces.

Cuando la luz solar empezaba a tornarse amarilla, sabíamos que era hora de regresar.

En una ocasión, cuando veníamos de regreso, al entrar en el muelle bananero (todavía usaban las viejas bandas transportadoras negras de empujar a pulso para subir los racimos de guineo verde a los barcos) vimos una aglomeración de curiosos. Nos acercamos y allí estaba el señor Roberto Salas, un ebanista que vivió mucho tiempo en la calle de la Cruz entre 5ª y 6ª. Tenía al lado, en el piso, un mero guasa de más de metro y medio de largo y anchote, con caracoles y algas adheridas a la piel de color pardo rojizo, que azotaba la cola contra el pavimento y abría y cerraba la bocota en un desespero final. Lo había capturado desde ahí, después de una larga lucha en la que el señor Roberto había demostrado ser, además de un buen artesano de la madera, un diestro en el arte de la pesca con cordel.

Salíamos del puerto por la puerta principal, cruzábamos la calzada y llegábamos al "Crocodile store" a saludar al "viejo" Fuentes. El señor Lorenzo Fuentes tenía allí un quiosco donde vendía en exclusiva cocodrilos de todos los tamaños rellenos de

aserrín y variados artículos hechos con el cuero natural, que enloquecían a los gringos y cachacos que lo visitaban.

Ese día, o cualquiera otro, bordeando la valla que limita la zona del puerto, llegamos al muelle frente al edificio del Resguardo. Había una ancha franja de libre acceso al público y por las tardes, en la temporada de "cosecha", se formaba en el borde una larga hilera de señores y muchachos pescando ojo gordos.

Entre todos estos se distinguía un joven que tiraba y jalaba, tiraba y jalaba el cordel como un mecanismo automático de reloj. En cada jalada venía un ojo gordo pegado del anzuelo. Lo liberaba e introducía en una bolsa de plástico transparente en la que aleteaban las capturas anteriores.

Era Manuel Fontanilla Roldán, quien llegaba de último con unos cuantos metros de cordel y camarón crudo como carnada. Era también el primero en irse, pues pronto, ante la mirada atónita de los demás, llenaba la bolsa con más de cincuenta pescados.

Manuel, satisfecho con su pesca, repartía entre sus ocasionales compañeros el resto de camarón crudo, ajustaba la bolsa en la parrilla, y silbando el último bolero de temporada se iba pedaleando en una bicicleta Raleigh.

18. Rastros de memoria

Era él un señor de piel cobriza. Delgado. De su hombro izquierdo colgaba un extraño mueble de madera que consistía en un cajón largo y angosto, las caras de los extremos se prolongaban para formar un asa grande y cuadrada. En la caja llevaba herramientas y restos de materiales que utilizaba en su trabajo. Recorría las calles a pie y anunciaba su presencia sonando una melodía pendular en una siringa de plástico.

El oficio de este señor era reparar el enmallado de alambre de camas o catres y afilar cosas cortantes con una muela de esmeril que llevaba fija en una esquina del mueble que cargaba.

Este personaje, simpático y conversador, dejó de frecuentar las calles ofreciendo sus servicios cuando desaparecieron las camas con fondo de *spring* y las tijeras y los cuchillos comenzaron a ser fabricados con filos eternos, que duran más tiempo que el instrumento mismo.

Cualquier día desapareció esa deliciosa fruta conocida como peregrüétano, así como las manzanitas rosas, las peritas rosadas y los hicacos, y también el jobo que vendían cerca de la entrada de los colegios y los estudiantes comían sazonados con sal.

No se volvieron a ver por las calles los burros cargados con bultos de carbón, llevados del cabestro por un pregonero que vendía las porciones para alimentar el fuego de las estufas caseras. Fueron reemplazados por los coche-tanques, arrastrados por jumentos, en los que vendían el kerosene para las nuevas estufas, que muy pronto fueron sustituidas por las modernas a gas.

Apareció, entonces, el sonido metálico particular del choque de los cilindros en los camiones que hacían el reparto del gas a domicilio. Eran cilindros de 25, 40 y 100 libras. Hoy día, al menos en las zonas urbanas, fueron reemplazados por las redes subterráneas de gas natural.

De una gran cantidad de especies de aves y peces sólo queda el registro de su existencia; igual de algunos mamíferos. Muchos pueblos se han extinguido por exterminio o desplazamiento de sus habitantes.

En las últimas décadas las cosas en general, tanto en lo local como en lo global, son reemplazadas por otras que desaparecen también con extremada rapidez que no alcanzan a dejar rastro en la memoria

19. De tracción animal

Cabrilla larga, traga peos, gasolina verde, motor de tripas, gritaban los pelaos cuando pasaba un carro de mula.

El primer carro de éstos que recuerdo era una expresión de cosa bien hecha. Pintado de color amarillo crema, del que llamaban marfil. La estructura en madera con las piezas bien diseñadas y cortadas. De poca altura. Tenía en la parte delantera una caja para guardar cosas que servía de pescante. El resto eran divisiones en las que iban ordenados cántaros de leche.

Las ruedas de los carros de mula, en aquel tiempo en que había pocas calles pavimentadas, eran grandes, de madera, radiadas y con un aro de hierro alrededor. Años más tarde, cuando la mayoría de las calles y carreras estuvieron cubiertas por el concreto y el hierro de las ruedas amenazaba con dañarlas, fueron remplazadas por llantas de caucho, desechadas de los automotores. Se perdió así el encanto clásico de esos carros.

Por lo general la carrocería estaba formada por un mesón, algunos con posibilidad de ser volcados para vaciar el material transportado, y provisto de soportes laterales. Los carros de mula se quedaron en un periodo de transición, y rodando sobre llantas prestadas de automóvil, continúan prestando el servicio de transporte de carga en una ciudad que igual se disuelve en una extraña transición histórica. En otras ciudades también ruedan por algunos sitios.

En carnavales, en la batalla de flores, los carros de mula hacían presencia importante. Engalanados con palmas y festones multicolores, y las mulas o burros ataviados con sombreros y guirnaldas, desfilaban en caravana con la alegría del palmoteo de manos y el sonido de tamboras.

Muchos disfraces de grupos preferían moverse en este medio que en camiones o andar el circuito de a pie. El carro de mula fue y aún es un elemento importante en los carnavales de Santa Marta. Pero además era utilizado, aun fuera de temporada de carnaval, como expresión de algo simbólico por algunos grupos de jóvenes y mayores, para después de una noche de fiesta dar en la madrugada el paseo circunvalar por la ciudad.

Con tambora a bordo y tomando licor, hasta de pronto ron con tinto, en medio de nubes de Maizena recorrían la avenida Campo Serrano, la calle Cangrejito, el Paseo Bastidas y la calle Santa Rita, hasta cuando el sol rompía el encanto del amanecer y el entusiasmo se convertía en guayabo. Ese paseo era como la vuelta olímpica en un estadio de fútbol para los parranderos amanecidos.

Un cuadro de felicidad pude apreciar en diciembre pasado. Vi pasar un carro de mula en el que se transportaban el señor, la señora, dos niños y un perro flaco. Uno de los niños llevaba las riendas, el perro ladraba y movía la cola y todos risueños y contentos, mientras el carro avanzaba a la velocidad del trote de la mula; festejaban algo.

20. Hielo y petróleo

El campanilleo anunciaba la aproximación del pequeño carro tanque de dos ruedas de caucho, movido por la tracción de un burro, que traía el gas o petróleo que después llamaron querosén. La parte delantera de la carrocería estaba provista de techo para proteger al conductor del sol y de la lluvia, y la trasera, de un tanque cilíndrico grande con una llave en la parte baja de la tapa posterior. En estos carros vendían a domicilio el combustible para las lámparas y en especial para las estufas de la época. (años 50 – 60).

La más afamada estufa de ese entonces era la Perfection, distribuida por el almacén Solano Hnos. A un lado de estas estufas salía un tubo con un dispensador sobre el cual se colocaba un botellón de vidrio que contenía el gas-oil.

En muchas casas de aquella Santa Marta se cocinaba con carbón o leña. Los burros cargados con bultos de estos combustibles circulaban por calles y carreras, llevados del cabestro por el vendedor, quien pregonaba sus ofertas.

Al lado de la estación de energía eléctrica El Pueblito funcionaba la fábrica de hielo; ésta tenía un depósito en la calle de la Acequia entre carreras quinta y sexta; allí se agolpaba a diario la flota de carritos amarillos que distribuían el hielo por toda la ciudad.

Eran carros jalonados por burros o mulas; tenían sobre la carrocería un cajón pintado de amarillo con la palabra hielo a cada lado. En la parte trasera tenía una compuerta deslizable hacia arriba por donde, con la ayuda de unos garfios en forma de tijeras, el conductor y vendedor jalaba el bloque de hielo, que cortaba con precisión piqueteándolo con un punzón.

No habían llegado los refrigeradores aún. Las tiendas tenían unos cajones grandes de madera, como baúles, donde echaban hielo picado para enfriar las bebidas embotelladas. En las casas donde no había nevera compraban pedazos de hielo para mantener agua fría durante el día.

Los carros de tracción animal que se ven en el interior del país tienen cuatro llantas, lo cual hace más ligera la carga y menos fatigoso el esfuerzo para el animal. En los últimos tiempos esta clase de carros se ven circular en la ciudad. Muchos de ellos utilizados para vender frutas y verduras, voceando las ofertas con la ayuda del sonido estridente de un megáfono.

En varias ocasiones he visto en plena calle una mula o un burro derribado de agotamiento por el exceso de carga. Sin exagerar, en esos momentos el animal tiene la mirada de una persona desesperanzada, pidiendo clemencia al casi siempre molesto conductor que a patadas y madrazos pretende que el agobiado cuadrúpedo se levante. Con los carros de cuatro ruedas ese problema ha disminuido, y muchas veces se ve pasar un carro de esos con el burro o la mula al trote, con expresión de sonrisa, como mascando chicle.

21. Incendio en la calle San Francisco

¡Incendio! ¡Incendio en la calle San Francisco! gritaban los pasantes apresurados, alertados por el continuo tañer de campanas. La noche había entrado y no se veía la luna. A distancia se apreciaba una enorme columna de humo negro salpicada por ascendentes puntitos rojos en incandescencia. Las llamas altas, flameadas por la brisa, consumía La Estrella Matutina.

Este almacén, atendido por el señor Farah Fresh y La Tifi, su esposa, mantenía un variado surtido de mercancías: bacinillas, platos, jarras, vasos, tazas, lebrillos en peltre con adornos en colores, y en aluminio; tubos para lámparas, estufas "Llama Azul". También gama completa de pitas, hilos y agujas para tejer, papel crespón, polvo de anilina, anzuelos y cosas que el tiempo dejó atrás sin uso y sin nombre.

El fuego implacable, avivado por el viento, consumió el almacén. El techo de tejas enmohecidas se desplomó. Fue sofocado en parte por acción de los agentes de policía y de los transeúntes voluntariosos que en calderetas y baldes prestados jarrearón agua mendigada a los hidrantes. El incendio se apagó, en parte también, porque no quedó nada más que se quemara.

Al día siguiente los muchachos madrugaron. Encaramados en la pila, humeante aún, de escombros y chatarra, desafiando la alta temperatura y el filo de pedazos de vidrio, hurgaban afanados en busca de algo que rescatar. Al mediodía, tiznados de pies a cabeza, sudorosos y sonrientes, salieron con los bolsillos repletos de anzuelos y monedas de I, II y V centavos calcinadas y torcidas.

Meses después, una maquina del cuerpo de bomberos de Barranquilla cruzaba el río Magdalena transbordada por el ferry-boat.

Operarios del Acueducto Municipal con sus directivos al mando, calzados con botas de caucho y provistos de artefactos rudimentarios de extinción, trataban de sofocar el fuego. La lucha era infructuosa. Las llamas consumían el almacén M. D. Abello & Cía. Con riesgo de propagarse a las edificaciones vecinas: unos vetustos caserones con techos de tejas. Afuera se oían detonaciones sucesivas, como metrallazos, de las botellas de licor y de vino, de latas de aceite y potes de conservas.

Una turba, aprovechando la confusión y desafiando el peligro, sacaba a toda prisa latas de aceite, bultos de arroz y todo lo que encontraban rescatable a su paso por entre las brasas y las llamas.

Las campanas tardías de la iglesia de San Francisco no cesaban de sonar. Al repiqueteo se unió el ulular de la sirena del carro de bomberos verdiamarillo que llegaba de Barranquilla y se abría paso por la avenida Campo Serrano entre la torpeza de los conductores locales y la imprudencia de los peatones. La ciudad emergía del sopor del mediodía.

La agilidad de los bomberos, vestidos con su uniforme de orden, al saltar a tierra y entrar en actividad asombró a los curiosos que, fascinados por lo novedoso, se fueron apiñando en la acera de enfrente. ¡Eche, que vaina rara... ese carro de bomberos no es rojo! Dijo alguien de la multitud. Rápido rápido unieron segmentos y rápido rápido los bomberos estaban en posición sujetando una larga manguera mientras el chorro de agua buscaba el centro del fuego.

La reserva del tanque se agotó. Los hidrantes de las esquinas no surtieron más agua. Se vieron caras de desconcierto y una ensordecedora rechifla brotó de la aglomeración. El conductor puso en marcha el motor del vehículo, la sirena emitió un sonido triste y avanzó en busca de dónde proveerse de agua.

Más tarde, los bomberos cuadrados al lado del carro daban el parte de misión cumplida. La multitud agradecida saludó con una salva de aplausos y gritos de vivas. Los bomberos de Barranquilla, agotados pero satisfechos y sonrientes, y saludando como reinas de belleza, se retiraron a bordo de la maquina verdiamarillo sin sonar la sirena y al silencio de las campanas de la iglesia. La tarde empezaba a caer.

22. Las ventanas de la ausencia

La nostalgia empieza a formar parte de nuestra vida tan pronto cruzamos el umbral de la segunda juventud (de los 50 en adelante). Se abren otros horizontes de pensamiento, y los fantasmas y demonios que tanto nos inquietaron en el pasado se convierten en aliados y cómplices para reinterpretar lo vivido. La realidad es mirada con otra lógica: con la lógica emocional de los recuerdos. Es, entonces, cuando ya no hay deseos sino recuerdos, no hay fe sino resignación y la esperanza se nos convierte en nostalgia.

Calles y casas son evocadoras de primer orden. Esas casas en su quietud avanzaron con nosotros en la formación de una historia personal, y hoy frente a ellas experimentamos la extraña sensación –como dice Ernesto Sábato– de que al querer entrar, al intentar abrir la puerta, nos encontramos con una pared. Aquella casa de la infancia, así como las que por esa época nos llamaron la atención, son algo más que paredes y pisos, son “esos seres que la viven, con sus conversaciones, sus risas, con sus amores y odios; seres que impregnan la casa de algo inmaterial pero profundo, de algo tan poco material como es la sonrisa en un rostro...”.

Hoy, al pasar por el frente de alguna de esas, caigo en la cuenta de que no era el ventanal lo que la hacía notable, sino lo que yo percibía en ellas: el cuadro del paisaje de un país lejano y el retrato con marco dorado colgados en la pared, los arabescos de un gran jarrón azul, la música que se escuchaba, los ladridos del perro que me atemorizaba al pasar; voces, risas y llantos de unos y otros de sus habitantes.

Esa casa, tal vez, ya era vieja pero tenía “vida” y el tiempo estaba detenido y sus habitantes no envejecían sino yo; y prueba de ello es cómo al paso del tiempo el alféizar de la ventana-balcón ya no me golpea en la frente.

Aquella otra donde vivía el niño que fue atacado por poliomielitis, quedó fijada en mi memoria no tanto por el hecho en sí, sino por la severa advertencia que con cara de circunstancia trágica me hiciera una vecina de no pasar por allí descalzo, como solía hacerlo cuando iba a la playa, porque el virus causante de ese mal –decía ella– penetra por los pies.

El misterioso encanto que parecía esconder la casa de piedras. Una especie de palacete cubierto con piedras de río, frente al mar, con jardín exterior y en el centro de éste una fuente que tenía un niño desnudo en posición de bailarín, orinándose el mundo a su antojo; y la presencia de su dueño, don Pablo García Franco, como elemento integral del conjunto. Cuando murió don Pablo, la casa empezó a envejecer y hoy, sin la fuente del niño, la casa parece esas damas con cierto grado de demencia senil que se sobremaquillan de coloretos para asistir a la fiesta de ninguna parte.

Las casas con zaguán, cada una con su historia: la de sus habitantes y la particular manera de hacer la reunión vespertina en la puerta de la calle en compañía de los mismos vecinos de siempre, a la misma hora todos los días. Y ese “adiós, adiós” cuando pasaban los transeúntes (casi todos conocidos), que iban para el camellón o regresaban ya entrada la noche.

El penetrante y característico olor de los materiales curativos y el temible zumbido de la fresadora de odontología al pasar por la casa y consultorio del doctor Edmundo

Abello, quien fuera el único odontólogo del mundo que en verdad tenía cara de odontólogo.

La familia del médico Antonio Henríquez fue muy apreciada y querida por los samarios. Pero de esa familia no eran tanto las cualidades personales de sus miembros, ni el estilo de la casa que rompía la monotonía de la cuadra (calle 12, carrera 2ª) el referente de mayor peso, lo era nada menos que la presencia de un par de perros bóxer. No es posible pensar en alguno de los Henríquez sin poner a su lado uno o ambos perros con cara de perros bravos.

Aún después de tantos años, al pasar todavía percibo el sabor a limón. Es el viejo caserón republicano de columnas embebidas y balaustrada en la cornisa, en la esquina de la calle de la Cruz (12) con carrera 3ª. Por los años sesenta funcionaba allí la fábrica de paletas El Nevado, del señor Lizarazo. A diario salían en caravana, para abrirse luego por las distintas rutas, los carritos blancos cargados de sabores, empujados por los vendedores que agitaban las campanillas para anunciar su presencia y despertar el deseo en niños y adultos.

Son varias las casas que permanecen detenidas en el tiempo, con sus fachadas intactas y los mismos colores, generadoras de nostalgias en sus habitantes del pasado, quienes rehúsan en lo posible pasar frente a ellas. Otras fueron reformadas y otras más se han ido destruyendo poco a poco por cuenta del abandono. En cambio, las hay también que cambiaron su destinación: dejaron de ser núcleos de abrigo, formación y desarrollo familiar para convertirse en hospederías y refugio de amores fugaces, hasta en centros de negocios penumbrosos.

Entre los aspectos memorables de una casa están las ventanas, como ojo que ve en doble sentido y elemento abierto a los recuerdos, bien sea porque en alguna época lejana, en los retozos de la niñez, al pasar nos golpeábamos la frente o por hechos vistos o vividos en ellas. Hoy permanecen inmóviles y ciegas en su lugar como testigos del ayer.

Recuerdo aquella ventana en la que protegida de las miradas por una celosía, permanecía por las tardes, en época de vacaciones, una niña muy hermosa, de belleza celestial, decían. Estudiaba interna en un colegio de la ciudad y sólo en ocasiones especiales la habían visto, con el cabello y la frente cubiertos por una pañoleta y gafas oscuras, salir a la calle en compañía de sus padres.

Todos en el sector mencionaban su belleza, y algo de ella pudimos apreciar los muchachos que venciendo la timidez y el temor al papá, logramos acercarnos y conversar de cualquier cosa con ella. A través del entramado de la celosía se apreciaban sus rasgos graciosos y unos ojos de mirada ardiente y profunda que clamaban libertad. Mas nunca la notamos triste o amargada; siempre sonriente festejaba las ocurrencias de que hablábamos y las fábulas que del internado nos contaba.

Era un hecho, sin embargo, que no despertaba la curiosidad del vecindario ni de la gente que transitaba indiferente frente a la ventana. Tres de sus hermanas menores, muy niñas aún, jugaban con muñecas y chocoritos en la terraza de la casa.

El padre, decían, era una buena persona, amable y servicial, pero celoso en extremo con la hija mayor. Y no era un cautiverio en que la mantenía oculta; sólo era

una previsión, pues tal era la belleza de esta joven que no se atrevían a sacarla libremente a la calle por temor al mal de ojo y que se robaran su belleza.

El tiempo pasó y todos crecimos. Un día jueves de Semana Santa vimos salir a la familia engalanada para las ceremonias religiosas. Iban el padre, la madre y siete hijos, entre ellos cuatro mujeres vestidas de blanco con volantes de encajes en las faldas y vistosos lazos en la parte trasera de la cintura. La hermana mayor, la que permanecía oculta tras la celosía de la ventana viendo pasar la vida, no relucía ya tan bella como decían; aquella belleza extraordinaria de años anteriores había desaparecido, pues sus hermanas menores se la habían robado.

Cuando en la calle corríamos detrás de una bola de trapo o jugábamos al cuclí o las veces que armábamos peleas callejeras o hacíamos alguna travesura o irrespetábamos a los mayores y gritábamos cosas a los locos, siempre lo sabían en casa y al regreso nos recibían con un buen regaño. Siempre había alguien que veía desde la ventana.

No creo que exista ventana que no guarde en secreto confesiones de amor o sea testigo de nerviosos besos de primera vez, de recados y esquelas, o que no haya sido iluminada por el trasnocho de una serenata de afirmación o reconciliación. Algunas, tal vez, cuando no había rejas de hierro, registren la fuga apresurada de algún amante sorprendido por la llegada inesperada del titular.

Cada ventana, grande o pequeña, de rico o de pobre, guarda la historia de gente que ya no está, de épocas idas y de muchos que quizá pronto no estaremos. Son esas las ventanas de la ausencia.

23. La cuadra de los Bermúdez

En esa época creí que los alcaldes salían de los cuadros al óleo colgados en las paredes de museos antiguos. Años después hube de convencerme de cosa muy distinta.

En la calle de la Cruz (12) entre carreras 4ª y 5ª, en la puerta de una casa grande, de zaguán y altos ventanales permanecía un policía sentado en una silla de madera. Era la casa de la familia Ceballos Angarita, de donde veía salir todos los días, con paso firme y solemne, al señor Alcalde municipal de Santa Marta. El doctor Juan B. Ceballos Pinto caminaba: "Buenos días, señor Alcalde", "adiós, señor Alcalde". Se dirigía hacia su despacho en el Palacio Municipal, al costado norte de la plaza de la catedral.

Al lado derecho de aquella casa, en un amplio lote descubierto y con fachada compuesta por columnatas, funcionaba el cine Paraíso. Después fue convertido en parqueadero de vehículos, atendido por un señor de nombre David.

Subiendo hacia la avenida Campo Serrano (carrera 5ª) seguían dos casas con techos de tejas y fachadas parecidas aunque de diferente color. En la primera, de color gris, vivía el magistrado, doctor Juan Benavides Macea. Admirado y respetado.

La otra, de color amarillo, era más amplia y limitaba con la esquina. Su propietario, gerente del Acueducto de Santa Marta, salía los sábados cerca de las tres de la tarde ataviado con botas pantaneras, sombrero vueltiao y mochila en la que cargaba además de cosas un viejo revólver de quiebre calibre 32 con las balas adheridas al cilindro por el óxido; era don Andrés Gregorio Ceballos que salía para su finca El Líbano.

En la esquina habían abierto un local donde funcionó el almacén de ropas del señor Orlando "el loco" Bermúdez, varias veces candidato al concejo.

La cuadra de enfrente comienza con el local (carrera 4ª) donde estuvo el almacén El Roble. El aviso de éste era un pelao, feliz y contento, colgado de un gancho por la cintura.

Seguido vienen: la casa donde vivió don Rodrigo Vives, padre de los Vives Echevarría; la de los Bermúdez Cañizares; el local del almacén Vidrios Planos de Diógenes Villalba; el de las oficinas del Almacén Universo y de la empresa de artículos en espuma "Collo".

En seguida y frente al portón del Paraíso, estaba la casa que fuera de don Manuel Ariza y doña Josefa Guardiola. La casa de Lucy en la eternidad de sueños, recuerdos y fantasías de juventud, de Lulo y de Leo.

Al lado, la de los Bermúdez Bermúdez. Recuerdo que en el patio interior, al lado de un sesquicentenario y enigmático árbol de tamarindo, estaba sembrada una pértiga de hierro por la que, atado con una cuerda a un aro metálico, se deslizaba de arriba abajo y de abajo arriba un agresivo mico, escandaloso, chillón y onanista. Cuando había visitas aumentaba el fragor de sus monerías.

Viene luego la casa donde vivieron Teresita y Marina Bermúdez, parientes de Orlando.

Termina esa cuadra que he llamado de los Bermúdez con la esquina de la fatalidad.

Tiempo después que doña Alicia Bermúdez terminara la remodelación y abriera las puertas del almacén Alicia, siguiendo la costumbre, una noche de tantas, en sillas y mecedoras, se reunió el grupo de amigas y vecinas en la acera, frente a la puerta del almacén. El tráfico vehicular por la avenida Campo Serrano era escaso. Sin que pudieran percatarse y reaccionar un vehículo fuera de control subió el andén y arremetió contra el grupo. Los heridos no pudieron asistir al sepelio de doña Alicia.

24. Lo llamaban Caneco

Frisaba yo, entonces, los doce años. Lo vi venir. Caminaba en medio de la acequia seca, con pasos cadenciosos. Marcaba el paso posando en la arena los extremos de una larga vara que hacía girar con su mano derecha, midiendo así la extensión del trabajo de limpieza que hiciera del canal.

Era un hombre alto, entrado en años, de piel negra salpicada por manchas de vitíligo en manos y pies. Usaba un viejo sombrero de fieltro color café que concentraba todos los olores del mundo, pero él, se le notaba, se mantenía bien aseado.

Estuvo ahí, cuando de temerario monté y traté de cabalgar en una yegua. Al andar mi cuerpo pendulaba hacia un lado y hacia otro, buscando tal vez el mejor momento para caer a tierra. Cuando el animal ya apretaba el paso y era inminente la caída, apareció él con los brazos en cruz: "Jo, yegua", gritó. La yegua se detuvo y él se acercó con esa sonrisa pícaro que sólo hacen los sabios ancianos, tomó las riendas y me dio las indicaciones primarias de cómo montar a caballo.

Algunas tardes lo veía venir cruzado de piernas sobre el lomo de un burro de andar lento. Regresaba de ver cómo evolucionaban los hornos de carbón que tenía más adelante. También lo vi llevar del cabestro el asno cargado con bultos de carbón: iba para Mamatoco y de regreso estaría un rato refrescándose en la tienda de Bartola.

Vivía en un ranchito de zinc. Era, si mi memoria no me falla, de una sola pieza que servía de recibo, alcoba y cocina. El fogón estaba formado por tres ladrillos negros de aristas redondeadas por el hollín. De un alambre de púas pendían dos pedazos resecos de carne salada y en una cacerola deforme y ahumada mantenía reblandeciendo en remojo otro pedazo para el almuerzo de ese día.

La choza tenía puerta y una amplia ventana; en un rincón la hamaca que recogía todas las mañanas. El piso era de barro repisado y brillante. La casucha estaba próxima al corral de las vacas paridas y separada de la casa grande por la acequia bordeada de capachos que florecían en varios colores.

Los domingos, cuando no salía para Mamatoco en el burro, lo visitaban dos mujeres, una joven y otra mayor. Se sentaban afuera en asientos de madera con fondo y espaldar en cuero de res. Después de conversar algo, él se entraba con la mujer de más edad y cerraban la puerta y la ventana de la cabaña, en tanto que la mujer joven se paseaba por la orilla de la acequia oliendo las flores o arrojando piedrecitas al agua.

Tenía el oficio de regador, eso decían. Por las tardes hablábamos: unas veces me refería historias de mujeres en carnaval, y otras, sobre el trapiche que funcionó allí no más, al otro lado.

Nunca supe su nombre de pila, de eso estoy seguro; sólo que lo llamaban Caneco.

25. Que siga la fiesta, carajo

Cuando niños teníamos la impresión de que durante los días de carnaval la gente escondía los muertos, y sólo el miércoles de ceniza los sacaban para llevarlos al cementerio.

Eso pensábamos porque en los tres días de las carnestolendas no veíamos pasar ningún entierro por la avenida Campo Serrano ni por la carrera sexta, que eran las rutas acostumbradas de los sepelios por ese sector de la ciudad. Los únicos entierros visibles eran los de joselito carnaval el día martes.

En cambio el miércoles de ceniza salían cortejos fúnebres de todos los puntos cardinales, por la mañana y por la tarde; tantos, que los sepultureros tenían que buscar emergentes.

Eso era al menos lo que imaginábamos y dio bases para nuestra especulación infantil.

Conocí la historia de un viejo veterano que vivió casi toda su vida en una de las fincas ubicadas en la periferia urbana, donde trabajaba.

Se dice que este viejo curtido por el sol, el viento y, en especial, por el agua, gozaba del amor fiel de cinco mujeres. Con la extraña particularidad que eran amigas y comadres entre sí, además de vivir en el mismo barrio. Pese a que este apasionado don Juan vivía solo y, que se sepa, nunca pasó una noche entera con ninguna de ellas, todas lo amaban y respetaban. Se sabe que tuvo hijos, pero nada se conoce de ellos.

Cuentan que el viejo era todo un maestro en los oficios amatorios, razón por la cual las cinco mujeres deliraban por él. No tomaba trago ni parrandeaba, y el tabaco sólo lo acompañaba en las vigias en noches de luna llena, mientras controlaba el curso de las aguas.

Las cinco amigas y comadres, en cambio, todas fumaban calilla con la candela para dentro de la boca. Tomaban ron caña, eran parranderas y bailadoras de cumbia de pollera larga hasta los tobillos y flor de cayena sobre la oreja. En todos los carnavales organizaban reinado de veteranas, desfile en comparsas en la batalla de flores y durante los tres días bailaban desde el medio día hasta la media noche en el palacio real de uno de los barrios más antiguos de Santa Marta.

Un lunes de carnaval, a eso de las tres de la tarde, en plena rumba, les llegó la noticia de que el viejo estaba enfermo de gravedad o de pronto muerto en el Hospital San Juan de Dios.

La fiesta no se terminó, sólo se suspendió. Que no se mueva nadie, dijeron. Todos los movimientos quedaron como congelados en el tiempo. Las cinco mujeres, angustiadas, bajaron de afán hasta el hospital en un carro de cortesía, y como una tromba entraron en el pabellón de hombres. Allí encontraron al viejo sentado en la cama recibiendo atenciones de una joven enfermera. Las cinco amantes saludaron, rodearon la cama y lo escrutaron visualmente, luego se miraron unas a otras y, como siguiendo un libreto ensayado, dieron media vuelta y salieron...

De regreso entraron en la casa que hacia de palacio real, tocaron las palmas para llamar la atención y gritaron: ¡Que siga la fiesta, carajo, que ese viejo 'e mierda aún está vivo!

26. Entre comparsas y letanías

El mejor sitio que encontré para ver pasar el carnaval fue el almacén. Tenía yo nueve años y era lunes de carnaval. Detrás del vidrio, por encima de bolsas de confites y paquetes de galletas, los vi llegar. Eran unos muchachos de diversas edades, todos semidesnudos, apenas con una pantaloneta, el cuerpo cubierto con aceite quemado y negro de humo; llevaban en las manos un palo embadurnado de negro con el que amenazaban a la gente con tizarla si no les daban una moneda. Se referían a la moneda de cinco centavos, que era de cobre y con el cinco en romanos (V). "Chinco... chinco", decían con voz gutural, en actitud intimidante.

Las personas mayores los llamaban fantomas y nosotros les decíamos indios. En especial no hacían nada, sólo andaban por las calles cerrándoles el paso a los transeúntes, hostigándolos para que les dieran una moneda. Yo les tenía miedo y me limitaba a observarlos detrás del mostrador.

Como el almacén quedaba sobre la carrera cuarta, cerca de la plaza de San Francisco, allí llegaban o pasaban casi todos los disfraces y comparsas. Algunos venían en tren o en bus de Ciénaga o de los pueblos de la Zona Bananera; otros, de los barrios de la ciudad.

Desde allí gozaba viendo las danzas y las actuaciones de los distintos grupos. Recuerdo la Danza de los diablos, extraída de las festividades de Corpus Cristi. Eran hombres disfrazados con camisas y pantalones rojos, terminados en puntas y en cada una había un cascabel. Las máscaras o caretas de diablo estaban montadas sobre recuadros y se las ponían más como sombreros que para taparse el rostro, y en los talones, a manera de espuelas, llevaban filosas hojas de cuchillos. La danza consistía en el cruce rítmico de las piernas, con el riesgo de cortarse con los cuchillos, al son de la acordeón y un tambor. El sonido era similar al que se les oye a los conjuntos musicales de los indios de la Sierra Nevada.

Otro grupo llegaba, de pronto, con una caja de madera como una pequeña tarima y sobre ésta figuras articuladas de hombres y mujeres, accionadas desde abajo como marionetas; ejecutaban el baile del pilón o las pilanderas. También con música de acordeón y tambor; con sonido igual al anterior.

La cacería del tigre, conformada por tres hombres como cazadores, vestidos de caqui, con sombrero de corcho y provistos de rifle, otro disfrazado de perro y otro de tigre. Mientras el perro dormía a pata suelta, los tres cazadores husmeaban en busca del tigre, en tanto que éste se les iba por detrás y les hurgaba el trasero. Así hasta cuando mataban al tigre y decían algunas letanías. Los observadores se reían, aplaudían y contribuían con algunas monedas.

Otro de los disfraces simpáticos era el del parto callejero. Un grupo de hombres disfrazados de mujer, una de ellas en avanzado estado de gravidez, uno de médico y otro de enfermera. Entraban haciéndose notar por la gritería; la mujer embarazada después de romper fuente se tiraba al suelo y comenzaba a gritar por los dolores de parto; los gritos eran expresiones grotescas alusivas al presunto padre y la irresponsabilidad de traer un niño con lo grave de la situación económica. Las comadronas obligaban al médico para que interviniera, pero éste no sabía qué hacer y consultaba a la enfermera, que tampoco sabía. Al fin atendían el parto y nacía la

criatura. Por lo general era una iguana atontada. Y de inmediato las otras mujeres o comadronas con el bebé en manos buscaban entre los observadores al padre responsable, quien debía aportar para comprar el alimento de la criatura, sin que los demás quedaran exentos.

Las carnestolendas desbaratan y ridiculizan lo solemne, y entre risas y maizena se oyen algunas verdades. En aquellos años, personajes de la intelectualidad y la picaresca local salían en grupos y, como rezanderas de oficio, dejaban oír verdades envueltas en letanías y rogativas.

27. Los peluqueros

Las cosas en el tiempo desaparecen o se transforman para proseguir.

En los años 50 y comienzo de los 60 las peluquerías eran sitios sobresalientes, identificados por el pirulí en la pared de la entrada: una barra con franjas rojas, azules y blancas pintadas en espiral. Algunos eran luminosos y giratorios, otros, fijos.

Se diría en esa época que los peluqueros, igual que el son, venían de Cuba. Que yo recuerde estaban las peluquerías o barberías del señor Restrepo en la avenida Campo Serrano, al lado de lo que hoy es el edificio del Café; la del señor Francisco Rojas, más conocido como Paco, en la carrera segunda o Calle del Río, entre calles 15 y 16, y la Cubana del señor Luis Socarrás, en la calle 12 entre carreras cuarta y quinta; después se pasó para la avenida Campo Serrano con calle 11, cuando compró la que con lujo de detalles había abierto el argentino y jugador del Unión Magdalena, Alberto Pascale.

No se trata esto de un estudio o investigación que me exija mencionarlos a todos, pero sí he de decir que también hubo peluqueros criollos. Algunos viven todavía, en pleno uso de sus facultades.

La peluqueada con el señor Socarrás era la orden cuando las mechas sobresalían por encima de las orejas. Él siempre de camisa blanca de mangas largas y con las tiras del corbatín sin anudar. Era característico el olor del tabaco, fumaba Ducales, que venían empacados en una cajita de madera. Siempre pensé que esa era una peluquería para gente mayor. Para leer mientras se esperaba el turno sólo había, sobre una mesita, periódicos viejos.

En cambio donde Paco era diferente: para leer se encontraban, además de periódicos, ejemplares atrasados de la revista Bohemia y todos los paquitos de todos los personajes de la época. Cuando tocaba el turno de subir a la silla era también el turno de Paco: tomaba la palabra para reiniciar el recuento de anécdotas contadas y recontadas, al extremo que el cliente debía permanecer sentado después de terminado el corte, para que Paco terminara también de contar la historia.

Paco se trasladó al barrio "los Manguitos" donde siguió atendiendo a sus fieles clientes, y en el local quedó el señor Amadís, reconocido como el "Pelón".

Entró en vigencia la era de los estilistas y los salones unisexo. Así, en esos salones, mientras tinturaban a una señora, en el lavadero se encontraba un señor con la cabeza espumeante de shampoo en tanto que otro recibía tijeretazos al vuelo moldeándole un corte tipo ejecutivo.

Las peluquerías y barberías se vinieron a menos, pero no desaparecieron. Algunas se mantienen activas con dos o tres sillas, aunque por el aspecto general se concluye que las cosas no andan muy bien, pero se mantienen.

Las viejas peluquerías o barberías estaban provistas de sillas reclinables especializadas, con un solo pedestal, giratorias y levadizas. Los salones modernos sustituyeron éstas por las giratorias de oficinas o por sillas plásticas corrientes.

Pero como las cosas después de alcanzar cierta dimensión empiezan a retroceder, o a renacer, encontramos hoy, en varios sitios de la ciudad, peluquerías al aire libre.

En la avenida Libertador, al bajar el puente de Mamatoco, encontramos debajo de un amplio toldo tres sillas plásticas en plena ocupación por sendos clientes cubiertos

con la típica capa y cada uno atendido por un artista de las tijeras. En la avenida del Ferrocarril, por las proximidades del mercado hallamos dispersos dos o tres y así en otros sitios y barrios de la ciudad.

El pleno parque de Bolívar, estrenando sitio después de la remodelación, al caer la tarde encontramos al aire libre un peluquero en pleno uso de sus facultades artísticas, peluqueando a un cliente sentado en una silla de plástico y protegido por la tradicional capa.

28. Dónde está Deyi

Cuando cayó la malla verde que bordeó el parque de Bolívar por más de un año, vi ese desierto de adoquines. Caminé entonces, bajo el sol de las primeras horas de la tarde, hasta llegar a la base de la estatua ecuestre de Bolívar. Estaba intacta, no había cambiado nada salvo que héroe y caballo parecían recién salidos de una lluvia de ceniza volcánica.

Contra ese lado de la base, debajo de la leyenda, me estrelló ella. Hermosa, pelirrarro, parecía venir de algún elenco ruso, griego o romano. Me agarró por las orejas, yo estaba desprevenido, me atrajo hacia ella y me besó. Ese beso lo sentí en todos los recovecos del cuerpo y del alma, y se me tensionaron todas las cuerdas reales y del imaginario dormido de la inocencia.

Cuando se apartó de mí me miró con cara de entusiasmo celestial; yo tendría, tal vez, cara de idiota terrenal. Hizo una mueca y me empujó con todas sus fuerzas contra el pedestal de la estatua. Ahí quedé sentado, pensando en Deyi, su hermana y mi novia. Deyi fue mi primera novia y éramos aún muy niños.

Ella era una morena de ébano como la reina de Saba, me gustaba hasta estremecerme los huesos. Mis hermanas y las amigas se dieron cuenta de eso y empezó la ponedera de pereque. Cecilia y Sarita, dos hermanas que frecuentaban el parque porque vivían cerca, nos miraban de reojo.

Después de matiné nos fuimos para donde "Coli" y allí se inventaron que jugáramos a la botella. Siempre se las ingeniaban para que el pico de la botella quedara señalando hacia ella o hacia mí, y la penitencia que nos imponían era un beso. Eran besos fugaces de niños tímidos. Pero una noche, sentados en la base del pedestal de la estatua ecuestre del Libertador, nos tomamos de las manos, nos acercamos uno al otro y juntamos los labios; estaban fríos por los nervios, y hasta chocamos los dientes. Lo que sea, pero fue un beso y así empezamos. Cecilia nos miraba. A mí sólo me interesaba Deyi.

Los domingos íbamos todos a matiné o nos reuníamos donde "Coli" o en mi casa. Por las noches todo el grupo iba al parque de Bolívar. Estando allí, con disimulo nos apartábamos para sentarnos en una banca donde no nos vieran. Pero la hermana, esa que parecía rusa, griega o romana, se quería interponer entre ambos, aunque en ocasiones daba la impresión de apoyarnos. Estaba siempre atenta a lo que hacíamos y en una de esas nos encontró besándonos. Esa noche, después de haber sido cómplice en más de una ocasión, nos habló amenazante y con cara de brava. Cuando llegaron a la casa, sin remordimiento alguno, la acusó: "Mami, no sabes... que Deyi..."

Tocó entonces vernos a escondidas. El último encuentro fue en la tienda del señor Lomanto, propiciado por una de sus hijas. De la tienda nos fuimos para el camellón y agarrados de las manos corrimos por la orilla chapoteando agua. Después nunca más volví a verla. Por eso, si alguien la ha visto...

29. Yendo a pie

Prefiero caminar a un tormentoso recorrido en buseta, aunque dadas las circunstancias a veces es inevitable someterse a ello en determinadas horas del día.

Desafiando la reverberación solar de las tres de la tarde, inicio el recorrido. Aparece, como una bendición, el sombrío debajo de los aleros del techo de las bodegas de café, pero después no queda más que la sombra que proyectan los cables de energía eléctrica y uno que otro árbol de trébol o roble.

Es la calle 10. Aunque camino, no logro escapar al ruido de los pitos de las busetas y motos. Parece que estos vehículos para andar necesitan, además de gasolina o gas, que les suenen el pito sin misericordia alguna. Los conductores argumentan que si no lo hacen la gente no ve la buseta; y de pronto hasta razón tienen, porque aquí se da el extraño caso que los pasajeros esperan tranquilamente que las busetas se detengan frente a ellos y el conductor o su ayudante les informen la ruta invitándolos a subir.

Por esta calle transitan los vehículos que cubren las rutas de Almendros-Bastidas y de Taganga. La calzada parece un campo bombardeado y los lados de esta permanecen ocupados por camiones aparcados mañana y tarde. A esta hora, afortunadamente, ya ha pasado el barullo que se arma al medio día con la salida de las alumnas del Laura Vicuña y la congestión de carros de servicio público y particulares que esperan para recoger a las niñas.

Llegando a la esquina no hay andén. Sobre la tierra descubierta se encuentra una camioneta con la parte delantera sin llantas, levantada y soportada por tacos de madera y pedazos de ladrillo a manera de gato. Debajo, acostado sobre cartones en el piso, un hombre de overol sucio de grasa quemada, y sin camisa observa el motor por la parte de abajo. Un grupo de señores y una mujer joven, a menos de un metro de distancia, juegan macana agitando las fichas dentro de un botellón de plástico.

En el cruce de la carrera 11, sobre la acera de los almacenes de artículos eléctricos está ella. Hace menos de un año la vi por primera vez. Era entonces una mujer hermosa, paisa a no dudarlo, con un cuerpo escultural, cabellos largos, elegante vestir y de ojos grises, brillantes y saltones. Pedía cuerda, como suelen decir. Hoy es una mujer flaca, con el cabello corto disparejo y maltratado, pobremente vestida, vende café en un termo y ella misma se ofrece en alquiler para el goce ocasional. De aquella hermosa mujer sólo quedan los ojos grises, pero tristes.

Aligero el paso para llegar a la siguiente esquina y cruzo a la izquierda. La calle permanece inundada de aguas negras y el hedor es insoportable.

30. Sigo a pie

Más allá de la mitad de la cuadra –atrás quedó la mujer de los ojos tristes que vende tinto– encontramos un típico puesto de venta de libros viejos. Su dueño no sólo vende libros sino que también los permuta y cobra algunos pesos por el cambio. Alquila revistas Play Boy y similares, que los lectores devoran de pie o sentados en una rustica banca. Para proveerse, como es de esperar, también compra libros leídos.

En algunas ciudades las tiendas de libros viejos manejan el inventario en la memoria del computador; aquí, el anciano dueño del puesto guarda su inventario en dos baúles grandes de madera y en su memoria el listado de los títulos que posee.

Más adelante, frente a un supermercado, está el paradero de busetas. Para que los usuarios llegaran hasta allí fue necesario cercar el bordillo del andén con una malla metálica, desde la esquina hasta la casucha. Aun así, esa esquina es un despelote, porque allí aparcan también los mototaxistas en espera de viajeros.

Es el cruce de la calle 10 con carrera 9, que viene del mercado; o mejor dicho, de lo que fue el mercado y donde aún quedan ventas de toda clase de cosas ocupando la vía pública. Son como mercados taiwaneses o filipinos. La gente viene de hacer sus compras cargando con bolsas, canastos, paquetes y sacos. Se aglomeran en esa esquina esperando o buscando transporte. Los conductores de motos y busetas accionan los pitos como locos desesperados. Las busetas se cruzan unas con otras y los mototaxistas hacen acrobacias entre los otros vehículos en su afán por conseguir un pasajero.

Superado el laberinto de esa esquina se sigue por un ambiente más calmado, aunque con notable influencia por la cercanía a la zona de mercado. Pasan los carros de mula de cuatro llantas en los que se mercadean frutas y verduras anunciadas por megáfonos. A lado y lado de la calle siguen locales comerciales pintados de colores fuertes que dan la impresión de pastillas de una acuarela infantil. Son almacenes de artículos para zapatería, de ropa y calzado, pinturas; talleres y depósitos.

En el andén, en la puerta de un taller se encuentra una escultura en chatarra; no es de Simón Bolívar ni de Santander, de Bastidas o de Colón y mucho menos del cacique Posihueica. Es de un soldado de la segunda Guerra mundial y la cara, indudablemente, es la mismísima de Cara 'e choque.

Avanzando, el sector sigue siendo comercial pero entre local y local se encuentran casas de habitación con estilos de los años 50, sin muchas pretensiones arquitectónicas.

Por las tardes es común ver grupos de hombres y mujeres sentados alrededor de una mesita, sobre el andén o la calzada, jugando cartas o dominó. Uno de esos es frecuentado por una mujer de cabello negro, liso y largo, de porte andaluz, siempre sosteniendo a un lado de la boca un cigarrillo a medio consumir y con la ceniza entera.

31. Ella, la de los ojos grises y triste mirada

La mencioné en detalle sólo en uno de mis escritos, y de pasada en otros dos. Fue ello suficiente para despertar la curiosidad de varios de los lectores: Que qué ha sido de ella, Que si es de verdad o invento mío, Que si tiene marido fijo, Que si de verdad verdad ya no está tan buena como cuando la vi por primera vez. Pero qué mosco les habrá picado a éstos. Muchos de mis lectores dicen, y lo digo sin modestia, que cuando me leen se sienten dentro del relato, pero no creo que sea para tanto. Cuando me referí a ella dije: 'Hace menos de un año la vi por primera vez. Era entonces una mujer hermosa, paisa a no dudarlo, con un cuerpo escultural, cabellos largos, elegante vestir y de ojos grises, brillantes y saltones. Pedía cuerda, como suelen decir. Hoy es una mujer flaca, con el cabello corto disparejo y maltratado, pobremente vestida, vende café en un termo, y ella misma se ofrece en alquiler para el goce ocasional. De aquella hermosa mujer sólo quedan los ojos grises, pero tristes”.

Alejandra -así la llamaré- nació en un pueblo de Antioquia. Fue traída a Santa Marta por su madre, siendo aún muy niña. Estudió bachillerato en el Liceo Celedón, pero no alcanzó a terminar. Empezando el último año se retiró y viajó con una familia. Fue una decisión que tomó con arrojo, sin mirar atrás, que dio un vuelco a su vida, pues a partir de ese momento ella y sólo ella asumía la responsabilidad de sí misma.

La familia con que viajó Alejandra manejaba varios negocios, entre éstos el de lavandería y colocación de personal de servicio en hoteles: botones, camareras, meseras, ayudantes de cocina. Partió de Cartagena a bordo de un barco inmenso rumbo a Italia. No sabe cuantos días duró el viaje ni en qué ciudades hicieron escala, pues desde el momento en que subió las escaleras se mareó y vomitó hasta el alma; le atacaron los nervios y no hizo más que llorar hasta cuando los calmantes que le suministraron hicieron efecto. Durmió todo el recorrido. Arribaron de noche a Palermo.

Después de trabajar algún tiempo en varias ciudades italianas se trasladó con la misma familia, en plan de trabajo, a Santa Lucía, Aruba y Curazao. En Curazao estableció una relación afectiva con un arquitecto poseedor de buenos recursos económicos que la mantuvo como toda una reina: con todo a pedir de boca. Pero desafortunadamente este señor se fue hundiendo cada día más en el licor y en las drogas, y lo que había sido para ella un verdadero paraíso se le estaba convirtiendo en un autentico infierno.

Empezó a ahorrar todo lo que podía y su estado desprevenido y relajado se tornó en un mar de nervios por temor a ser descubierta en su plan: dejarlo todo y abandonar la isla.

Fue así como después de un agitado recorrido existencial, conociendo mundo, Alejandra regresó a Santa Marta al lado de su madre, quien había organizado su vida de pareja.

Alejandra fue recibida con mucho afecto tanto por parte de su madre como por el que le ofreció desde un primer momento su padrastro. Con los recursos que trajo los proveyó de las cosas que hacían falta en casa, y sin reparo alguno aportó para todo

lo que fuera necesario para mejorar las condiciones de vida de los tres. Pero los recursos de Alejandra se agotaron y fue ahí donde su presencia empezó a pesar. Como ella misma dice: "Cuando uno tiene los bolsillos llenos lo quieren y lo adoran, pero cuando ya no tiene nada le señalan la puerta abierta de la casa". "Como ya no tengo nada tampoco tengo el amor de nadie, y como es muy desagradable pedir y que lo miren y traten a una como un perro, preferí abrirme y trabajar en lo sea".

Alejandra no encontró en qué colocarse. Se ofreció como muchacha para servicio domestico pero las señoras no la miraban con buenos ojos, de pronto -dice ella- pensarían que les iba a quitar el marido, y suelta una carcajada que corta bruscamente, como si se le hubiera fugado de repente, pero que permite ver sus dientes manchados por el cigarrillo.

Con el apoyo de una conocida consiguió alojamiento en una pieza de alquiler, así como un termo y el contacto con una casa proveedora de café tinto. De esa manera comenzó esa nueva etapa de su vida.

Me sirve un tinto en vasito de plástico y enciende un cigarrillo al que le ha quitado el filtro. Suelta hacia arriba un cono de humo y me pregunta, seria y mirándome a los ojos: "¿Vamos a echá la jopiadita?". Yo le contesto que eso sin amor no paga, y ella replica: "Qué va... es una jopiadita de calidad... se le hace, se le hace, se le hace... así así así así hasta que se llega a la intensidad y cada uno alcanza la satisfacción de lo que buscaba".

32. El encanto de viajar en buseta

Es ya costumbre en Santa Marta que los pasajeros conversen animados y distraídos en el paradero de busetas de servicio público mientras esperan que llegue la que le sirve. No corren riesgo de perder el transporte que les corresponde, así estén de espaldas a la vía, pues las busetas llegan en medio de atronador sonido de pitos, se detienen y el conductor o su ayudante vociferan los destinos, y no es de extrañar que se baje el ayudante y pretenda llevar del brazo y subir al pasajero, sea hombre o mujer.

El abordar es cuestión de proeza y habilidad para sostenerse en pie. No bien el pasajero ha alcanzado la plataforma cuando la buseta arranca con fuerza, y si no está bien agarrado termina estrellado de cabeza contra el vidrio trasero o la de alguno de los que van sentados en la última banca.

Por regla general quien aborda una buseta le toca entrar en la cadena de "pase el pasaje". Lo normal aquí es que el pasajero después de acomodarse, si es que puede, empiece a hurgar en los bolsillos buscando el dinero, y si es mujer termina volteando el contenido del bolso sobre las piernas del vecino: salen los cepillos llenos de pelos, los paquetes de protectores, el desodorante, el celular y el cargador, ganchos y pinzas, etc. Cuando por fin encuentra el valor del pasaje, comienza el toque toque de hombros: "por favor pasa ahí... gracias", y así la cadena hasta llegar al chofer. Cuando hay vueltos, vuelve y juega de regreso: "Vueltos del billete de diez...".

Como de todo hay en el paraíso, conozco una señora que sólo sube a la buseta si le toca puesto detrás del chofer; le encanta ese lugar; dice que le fascina el papel de recaudadora de pasajes, pues así presta un servicio al prójimo.

Muchos de estos vehículos requieren que el pito suene permanentemente, además de una serie de modalidades de chiflidos y sonidos estridentes, para poder andar. Pero eso es apenas parte del concierto obligatorio, veamos: casi todas llevan equipo de sonido, los parlantes están instalados en la parte trasera y como no es justo que el chofer se pierda el vallenato del momento, debe subir el volumen para que por encima del ruido y la distancia pueda escuchar adecuadamente. Eso significa que los pasajeros, y más los de los puestos de atrás, deban soportar estoicamente la estridencia.

A esto se agrega que el ayudante para indicar al conductor que debe detener el vehículo palmotea tres y cuatro veces la lata del techo: plat plat plat... Por supuesto nadie se queja, porque eso es ya parte integral de la cultura ciudadana.

A esto se agrega la sorpresiva entrada en acción de un vendedor de caramelos en fantásticas promociones; todos tienen el mismo estilo y entonación, como formados en la misma escuela. En ocasiones son seguidos de raperos o cantantes. Son muy educados: después de saludar llamando la atención se excusan por la interrupción y la molestia que puedan causar.

Los conductores detienen las busetas en cualquier sitio para recoger pasajeros, no así cuando éstos tratan de quedarse. Si el pasajero desea bajarse en la próxima esquina, antes de pasar la calle, entonces debe encomendarse y rezar a todos los santos para que el semáforo esté en rojo, porque como esté en verde es inevitable

que la buseta lo lleve hasta el otro lado de la calle y tenga entonces que el pasajero que devolverse y correr el riesgo innecesario de cruzar la calle.

Bueno, ya han dicho que tenemos la magia de tenerlo todo y si esto no fuera así, sería, definitivamente, muy aburrido viajar en buseta.

33. Dos visiones ante la muerte

Sólo se oye el sonido pedregoso al resbalar el ataúd dentro del cañón del mausoleo. Después el rastrillar de la llana esparciendo la mezcla húmeda de cemento y arena para sellar la placa de concreto al cierre de la sepultura.

Los familiares y amigos se retiran apesadumbrados, sollozantes algunos, pero todos saben que ahí queda. El amigo o familiar ha muerto; eso de por sí trastorna el orden sentimental de los allegados. Ha habido un rompimiento de relaciones directas entre los que sobreviven y el fallecido, mas el hecho de que el cuerpo de éste permanezca próximo da un alivio o consuelo en la pena. Ésta se hace menos dramática.

Es posible para los deudos visitar la tumba, donde una lápida de mármol identifica el nombre de quien allí reposa. Las visitas pueden ser a diario, en los primeros días, semanal, mensual y luego por fechas especiales: cumpleaños, aniversarios, día de los difuntos.

La pena por los difuntos cuyos cuerpos son inhumados en sepulturas se va diluyendo lentamente, con el tiempo. La primera etapa dura entre dos y medio y tres años. Los deudos saben y cuentan con que el cuerpo del ser querido que falleció está ahí, haciendo caso omiso del proceso natural de descomposición. Es tanto así como una esperanza, aunque incierta, pero está en un lugar donde visitarlo, hablarle y llevarle flores. Eso es, en cierta manera, un consuelo.

Pasado el tiempo los restos son trasladados a un osario. Es una especie de segundo funeral, aunque sencillo. Ya el pesar, el dolor y la pena han tomado condiciones llevaderas, los familiares se han acostumbrado a la ausencia permanente.

En días pasados murió un amigo. Estuve en la funeraria y también acompañé a familiares y amigos en los rituales fúnebres, y hasta ayudé a cargar el cofre hasta la carroza, cuando ya salía el cortejo.

Detrás de la carroza fúnebre partieron un bus y varios vehículos particulares con amigos y familiares. Salieron en caravana para Barranquilla, donde el cuerpo de mi amigo sería cremado.

Yo no fui. Permanecí de pie viendo salir los vehículos y los seguí con la vista hasta cuando se perdieron en la distancia, confundidos con otros, y mi mirada se perdió también entre cosas y nada.

De pronto reaccioné y caí en la cuenta de que el cadáver de mi amigo sería incinerado. Que en cuestión de algunas horas toda su dimensión física quedaría convertida en algo menos de una libra de ceniza. Sentí un vacío en el estómago y permanecí un buen rato enredado en un cruce de ideas vagas y difusas, como inmerso en una extraña nebulosa.

La cremación del cadáver de un allegado propicia una ruptura brusca, violenta, de la relación que hubo en vida. Nos enfrenta de un solo golpe con la realidad de la muerte: no está, definitivamente ya no está más, nunca más. Esa es la cruda verdad con que la cremación nos enfrenta de una vez, súbitamente y no en forma dosificada como en la inhumación.

34. Nunca más

Cuatro de la tarde, con un sol de viernes metido en agua. Abstraído daba vueltas en los recovecos de los recuerdos cuando, de pronto, me sentí atraído por una mirada fija. Sobre una roca estaba un cangrejo color cremoso con visos verdiazulvioletarajos. Con los ojos alargados y desorbitados, me miraba. Tenía las enormes tenazas alzadas, abiertas y amenazantes. Su caparazón, si acaso, alcanzaba los diez centímetros. Se mantuvo un rato quieto, fijo, pero algo lo espantó y corrió de lado hacia la izquierda para perderse entre las piedras.

Miré a la derecha para sintonizarme otra vez con los recuerdos que habían removido los comentarios de Julio César sobre Jorge Díazgranados, propietario de los desvestideros que por los años 50 estaban en el extremo norte de la playa. Conocí a Jorge cuando de pequeño, de cinco o seis años, me llevaron a conocer el mar. Todo era azul, el Sol apenas comenzaba su recorrido, y ahí estaban los bañitos.

Cuando volví a la playa, a los pocos días, me enteré de que Jorge había fallecido. Ahí estaban los bañitos con sus puertas numeradas y cerradas, y a pesar de la noticia yo buscaba la figura de Jorge caminando sobre la plataforma de madera, elevada sobre la arena, que hacía de piso a los cuartitos donde se cambiaban los bañistas que dejaban la ropa guardada en los casilleros.

A esa edad apenas empezaba a escuchar que hablaban sobre muertos, velorios y entierros. Recuerdo haber sentido, esa mañana, una extraña sensación cuando buscaba con la vista a Jorge y no lo veía, pero parecía como si él en verdad estuviera caminando como otras veces sobre ese piso de madera. Desde ese entonces había relacionado esa sensación con la expresión "nunca más", que asociaba con el recuerdo de algún amigo o familiar que murió y, por alguna circunstancia, no vi su ataúd o no asistí a su funeral.

Pero no. Ver el cadáver dentro del cofre o acompañar las exequias hasta la última palada de tierra o el último rasado del palustre sobre la lápida sirve como terapia o aquietamiento, mas no cambia esa impresión similar al vértigo que se percibe en una caída, que se siente cuando afloran a la memoria recuerdos del finado.

A esa señora de vestido largo, negro tornasolado, de mangas anchas, toda pizpireta ella, con ojos profundos y pestañas largas, de labios carnosos color uva oscuro y sonrisa de embrujo, con uñas largas, que provista de guadaña recorre las horas callada y sigilosa con lista en mano, a ella, la he visto de cerca los últimos años.

No juego ajedrez ni dominó, de manera que no puedo decir que hemos jugado y le he ganado la partida. Sus razones tendrá y sólo ella sabrá en qué momento me sorprende con su visita de afán. Pero en cambio ha estado golpeando, cerrándome el círculo cargándose compañeros y amigos.

En cada golpe, en cada partida se siente ese vacío de ausencia, esa expectación que llenaba el ambiente cuando algún compañero de clases no contestaba el llamado a lista, y alguno, desde el fondo del salón, decía: "No viene más". Ahora decimos: "Nunca más".

35. De paseo por el camellón y la playa

Salimos a las siete de la mañana en punto; no podía ser de otra forma. La orden era: "Todos listos que salimos a las siete para la playa...". La había dado la tía. Ninguno quería correr el riesgo de quedarse sin el baño de mar y retozar un rato sobre la arena, y menos yo que iba por primera vez.

Tendría entonces entre cinco y seis años. Ya había visto el mar, pero de pasada, desde el malecón. Esta vez tenía oportunidad de tocar la arena, de mojarme y sentir el sabor del agua salada. Iba a conocer el mar. Vestía una bata de baño en tela de toalla amarilla. Parecería un miniboxeador antes de subir al ring. Hicimos el recorrido desde la casa hasta la playa de a pie; seis cuadras no es que hagan mucha distancia; además no había otra forma de hacerlo, y los taxis había que ir a buscarlos a la plaza, que era tanto como la mitad del recorrido.

Cuando llegamos al camellón, de la emoción me abrí la bata para quitármela, pero la tía no me permitió despojarme de ella hasta que estuviéramos instalados. Caminé el resto del trayecto con la bata abierta, y cuando ya estuvimos instalados me percaté de que había perdido el cinturón.

Nos ubicamos cerca de los bañitos de Jorge Díazgranados. Él se acercó a saludar a la tía, eran parientes, y conversaron un rato mientras nosotros contemplábamos la quietud del mar que, según nos dijeron, hasta el día anterior había estado con olas encrespadas, de mar de leva.

Los bañitos de Jorge eran unas casetas como cajones verticales largos, hechos en madera, sobre una plataforma también en madera soportada por estacas como los palafitos. Allí entraban las personas a cambiarse de ropa para vestir el traje de baño; se desvestían para vestirse de bañistas, y cuando ya se iban hacían lo inverso: se desvestían del traje de baño para vestirse con la ropa común y corriente. Por eso además de bañitos –que en verdad nadie se bañaba ahí, salvo en un sitio aparte con totumadas de agua dulce para retirar la salada– eran llamados desvestideros.

A una distancia considerable estaba el trampolín. Hasta el allí llegaban los bañistas que se atrevían, para saltar de la rampa haciendo clavados y volteretas en el aire antes de caer al agua. Otro reto interesante y que se mantuvo por mucho tiempo era el de llegar hasta la boya, a mayor distancia que el trampolín.

Mientras chapoteábamos agua, en un baño más de arena que de mar, terminaban de sacar un chinchorro. Hasta allí nos acercamos. En el fondo de la red no había más que algunas mariposas marinas, lama y dos o tres sardinitas aún coleteando. Los pescadores, en silencio, terminaron de recoger las redes, las subieron al bote y tomaron rumbo hacia Taganguilla; eso nos dijo un anciano al que le habíamos preguntado que ahora para dónde se iban.

Habíamos llegado por la calle de la Cruz (12) y al doblar por la avenida del Fundador nos detuvimos en el parque de Santander, entre las calles San Francisco (13) y de la Cárcel (14). La estatua de Francisco de Paula Santander, de pie, con un pergamino de leyes en la mano, estaba sobre un alto pedestal, de frente al mar. Cerca, pero de espaldas al mar, estaba la estatua de Rodrigo de Bastidas.

El parque de Santander tenía cuatro cañones, uno en cada esquina, sobre bases en cemento a la manera de cureñas; en cada una había además una esfera metálica

o bala. Las callejuelas, bordeadas por crotos verdes y amarillos, convergían en un cuadrante en la base del pedestal de la estatua. Años después este parque fue destruido y la estatua de Santander trasladada al Parque de los Novios, frente al Tribunal Superior. En ese terreno donde estuvo el parque está hoy el edificio del Banco de la República.

En la otra cuadra, cruzando la calle, estaba la vieja edificación que ocupaba toda la manzana donde se guarnecía el batallón Córdova N° 5. Sus soldados con uniforme de caqui, al compás de tambores y clarines, marchaban al caer la tarde para rendir honores y arriar el pabellón nacional.

Por las tardes caminábamos sobre el pavimento de cemento del camellón o nos sentábamos en los escaños de granito amarillo para saborear un raspao o una paleta. Era inevitable que las camisas resultaran manchadas. Sobre las cinco de la tarde pitaba la locomotora; era el tren que tomaba el ramal que se extendía hasta la calle de la Cruz. Allí terminaba la carrilera con una viga enterrada hasta la mitad para evitar el descarrilamiento. Con esta operación el tren cambiaba el sentido de su marcha para quedar en posición de regreso

Contiguo al camellón, de la línea de la calle de la Cruz hasta la aduana, al norte, se extendía una zona adoquinada con ladrillos, con bancas en madera sobre base metálica y muchos árboles de trupillo. Desde el atardecer era el espacio preferido de los amantes.

36. Tinto con Coca-Cola

Caía ya la tarde. El frío atesaba y quemaba con fuerza el pabellón de las orejas, y la nariz se humedecía hasta gotear. Como cumpliendo un ritual, atravesamos por el atrio de la iglesia y llegamos al Cream Santa Teresita.

Esa tarde agregó un elemento a los del habitual consumo de café. José Luis pidió una Coca-Cola, porque había escuchado que Cortázar tomaba por las tardes, en los días de mucho frío, tinto con Coca-Cola. ¡Que sean dos, por favor! Y de verdad que la combinación, además de agradable, tiene un no sé qué de misticismo que se percibía en la charla.

Al poco tiempo llegaron los demás. Los cinco, todos, probamos la nueva mezcla, entonada con el humeante olor de cigarrillos Pielroja. Corría entonces el año de 1968 y nadie molestaba porque el de al lado estuviese fumando. Además de la densidad climática del ambiente, el humo acumulado de los cigarrillos daba a esos lugares un aspecto lúgubre y bohemio.

Era el comienzo de mi periplo universitario en Bogotá. Compartía yo habitación con Óscar y Ricardo Alarcón Núñez, en la calle 45 con carrera 19, en casa de Margoth Valdeblánquez de Díazgranados, madre de José Luis. En la casa de al lado vivían Aurora y Mercedes, hijas también del coronel José María Valdeblánquez. Altagracia, otra hermana, vivía aparte con su hijo Pepe Stévenson.

En el segundo piso, al final de un pasillo con un largo barandal, estaba la habitación de Manuelito. En su interior se respiraba aroma a física cuántica y a números volátiles enredados con ecuaciones y radicales. Manuelito, hermano mayor de José Luis y en esa época novio de María Angélica.

En esa barandilla, con la cabeza recostada a la pared de la alcoba de Manuelito, me posó Felipe, el hermano menor, para que le tomara una fotografía. Fue un primer plano de rostro de perfil, con iluminación lateral trasera, que produjo un estupendo claroscuro. Al momento de obturar, una mosca se le posó sobre la punta de la nariz. Se comentó el hecho y se exhibió la fotografía con mucho entusiasmo por el simpático detalle de la inoportuna mosca, pero ahora caigo en la cuenta de que esa era una mosca premonitoria. Felipe murió demasiado joven.

Diagonal a la habitación que compartía con los hermanos Alarcón Núñez, y frente al comienzo del barandal, estaba la de José Luis. Ese cuarto olía a tinto recalentado, a cigarrillo Pielroja refumado y a colillas destripadas en el cenicero, se mantenía lleno de libros y papeles algarete. Allí trabajaba José Luis durante toda la noche chuzando una máquina de escribir de no sé qué marca. Como uno de los personajes del Siglo de las luces, de Alejo Carpentier, trabajaba de noche y dormía luego hasta mediodía.

De ese laberinto habitacional en el que José Luis se enfrentaba con todas las musas y espantaba los fantasmas con el golpeteo de las teclas, brotó precisamente ese mismo año de 1968 ese profundo poema que tituló Laberinto, del cual recibí copia calentita de manos del poeta.

Alguna tardes de sol cambiábamos la rutina: no íbamos al Cream Santa Teresita, sino que de a pie o en buseta ejecutiva llegábamos hasta el Chicó, a la librería La lechuza. Allí compartíamos un tinto con Luis Fayad, que para esa época publicaba su primer libro "Los sonidos del fuego", con fotografía del autor tomada por mí.

Regresé a Santa Marta y desde entonces a José Luis le fue creciendo la barba y con el tiempo le aparecieron mechones de pelo blanco, igual que a mí, y con excepción de dos encuentros ocasionales y de afán no hemos vuelto a compartir un tinto con Coca-Cola.

37. Café con ron en carnavales

En esos años fueron varios los carnavales que nos gozamos en el Club Campestre de Santa Marta. Este fue el capitaneado por Jazmina Jarma Barros y tuve yo la fortuna de ser su edecán, parejo o compañero de danza. Bajo la dirección artística de doña María Mercedes de Romero montamos una conga, una contradanza y otro baile que no alcanzo a recordar. Desfilamos bailando por las calles de la ciudad e hicimos las presentaciones correspondientes en el club los días de carnaval.

Durante los días del montaje y de ejecución de los bailes contamos con el apoyo, vigilancia, tutoría y animación de un grupo de señores, con la firme compañía de sus esposas que, como socios del club y padres de casi todos los participantes, se hicieron al lado de doña María Mercedes dándole apoyo y poniendo la nota picaresca propia del carnaval. De ellos recuerdo a los hermanos Illidge-, Bichara Zableth, Peter Ramírez, Carlos Saade, Juan Pinto Núñez, Emigdio Jarma. Los demás me perdonarán, pero los estragos del alemán no tienen consideración con nadie.

Fueron momentos de juventud interesantes que marcaron huella en nuestras historias personales. Los ensayos en los patios del cuartel de la Policía Nacional eran unos carnavales, pues se bailaba de corrido al son de los tambores de la conga, y mientras los demás se calentaban con Ron Caña, un selecto grupo lo hacíamos con Anís Río de Oro, también de la Fábrica de licores del Magdalena.

Al amanecer del martes de carnaval, terminada la fiesta en el club, ese selecto grupo que se calentaba con Anís Río de Oro continuó la fiesta en algunos barrios repasando palacios reales en los que éramos recibidos por las reinas y capitanas con los peinados desbaratados, enmaizenadas, desajustados los disfraces y con el maquillaje corrido que ni fantasmas en cementerio el día de los difuntos. Nuestra presencia las animaba y ordenaban a alguien que nos brindara cerveza, y ese alguien metía el brazo en el tanque donde el hielo ya se había licuado y lo agitaba buscando, en medio de esa agua helada, las últimas cervezas que quedaban. Y que siga la fiesta, icarajo!

Recuerdo que ese martes los del grupo, enmaizenados y alicorados, terminamos sentados en un andén de la avenida Campo Serrano, frente a la heladería Oasis. Aún nos quedaba una botella de Ron Caña, pero no teníamos vasitos. En esas pasó un vendedor de tinto y para hacernos a los vasos pedimos tinto para cada uno. Alguno de nosotros sugirió mezclar medio vaso de tinto con ron, y como la bebida nos resultó agradable, convidamos al tintero y éste se quedó sentado también en el andén. Pasaban raudas las señoras para misa de seis, persignándose y mirándonos de reojo.

Pasó de pronto un carro 'e mula, y sin pedir permiso lo abordamos, incluso el tintero. Fue ese el día en que Tony Jarma, Raúl Gual, Eloy Hernández, José Domingo De Andrés y yo le dimos la vuelta olímpica al centro de Santa Marta, Avenida Campo Serrano, Calle Cangrejal, Paseo Bastidas y Calle Santa Rita tomando tinto con ron. Tiempo después en una visita me ofrecieron carajillo. Al probarlo el sabor me fue conocido. ¡Qué es esto!, pregunté. Y la anfitriona, sosteniendo el pocillo con el

meñique parado me dijo: eso es café con un chorrito de ron, una bebida típica de España, en especial en Castilla y León.

38. El enigma de Irma

Irma llegó esa mañana temprano, envuelta en un torbellino de olores a flores y a vegetales de campo ribereño. Se diría que olores primaverales, pero qué sé yo de eso.

Con sus ojos de miel y mirada enigmática, sus labios de fruta madura y voz cual canto de ninfas en madrugada lluviosa. Su andar firme, decidido y con esa cadencia que le propiciaba un toque de desparpajo.

Apareció ella y llenó espacios. Como sus encantos y hechizos su presencia fue intermitente, de apariciones inesperadas y estancias furtivas. Nos encontrábamos sin cita previa, mas parecía como si estuviese programada. Fue una época de encuentros intensos, con sabor a mar y olor a arena húmeda, bajo un sol de todo el día hasta llegar al ocaso y hacer parte de las siluetas del paisaje.

Desaparecimos un día. Sin despedida. Cada cual para un extremo. Con fragmentos estáticos de un recuerdo. Para de pronto más tarde un encuentro inesperado en un sitio distante y ajeno a ambos; casualidades o tretas del destino, habrá que decir, para no entrar en otras consideraciones. Se agitaba de nuevo ese ardor de fuego interior para fundirnos una vez más en ese delicioso infierno.

Así siguió la vida, cada cual con la suya. Con encuentros y desencuentros distanciados en el tiempo y el espacio, pero cada reencuentro borraba las distancias y las demoras para dar continuidad a una sola presencia.

Es un enigma, no para descifrar o entenderlo sino sólo para vivirlo, y como enigma se fue perdiendo en el tiempo. Se hicieron más distantes y lejanos los encuentros. Los recuerdos se convirtieron en relámpagos del instante.

Con sus ojos de miel, sus cabellos de oro-cobre, largos y agitados por la brisa marina, Toda ella como una pintura sobre la arena, se fue desintegrando con el barrer de las olas hasta perderse en la espuma

Se fue. Ni en la arena ni en las olas. No está ya, al menos al alcance, como ida para siempre sin dobles de campanas, sin misa ni responso.

39. Centro cultural "La atarraya"

Habíamos regresado del aeropuerto Simón Bolívar con la delegación rusa que llegaba a Santa Marta a no sé qué cosas. Reunidos en las oficinas del semanario El Orientador comenzamos la rueda de prensa con periodistas de las emisoras locales: Ondas del Caribe, Radio Magdalena, Radio Galeón y la Voz de Santa Marta, y de los periódicos El Informador, Diario del Caribe de Barranquilla y del anfitrión, El Orientador.

Eran tres rusos fornidos, altos y monos, parecían gringos, acompañados por una comitiva del Partido Comunista integrada por reconocidos militantes y algunos profesionales locales que debieron mantenerse en un extremo de la ronda para evitar quedar en evidencia en los registros fotográficos. Corría el segundo semestre de 1966.

El periodista de El Informador cogió de la mesa un paquete de cigarrillos Marlboro y le ofreció a uno de los delegados, éste estiró la mano para tomar un cigarrillo y el periodista se dirigió a mí, que era fotógrafo de El orientador, para que tomara una foto de ese instante, lo cual, por no haber comprendido la solicitud y porque él tenía su fotógrafo, no hice. Al terminar la reunión el periodista se me acercó y de manera quejosa me dijo que habíamos perdido la oportunidad de tomar una buena foto: un ruso fumando cigarrillos americanos.

El reportero de El informador, que tenía pronunciadas entradas, usaba chivera y hablaba con un toque de acelere, dijo llamarse Hernando Mendoza Sánchez, que había escuchado comentarios sobre mis condiciones como fotógrafo y que por ello había preferido que fuera yo quien tomara esa fotografía. Desde ese momento empezamos a ser amigos.

Con Hernando conocí el clan de los Mendoza, en el viejo caserón con zaguán de la calle 19 con carrera 4. Francisco (Pacho) Mendoza y América Sánchez eran los pilares de ese grupo familiar, con el que me ha vinculado una muy buena amistad, parte importante de mi historia personal, y del que guardo material como para escribir más de una novela.

Hernando tenía una cámara zeiss de 135 milímetros y los sábados salíamos a tomar fotografías y terminábamos tomado frías y haciendo planes de actividades culturales. De éstas salió el centro cultural "La Atarraya", con sede en la calle 16, Santo Domingo, entre carreras segunda y tercera. Era una casa o parte de ella con un gran salón con puerta a la calle, rodeado de sillas, algunos afiches pegados en las paredes y varias de mis fotografías colgadas sobre éstas.

Muy rápido tomó forma el centro. Entre sus integrantes recuerdo a Esther Cayón, Margarita Escofet, Elisita Escorcía, Miriam Santrich, Sarita Abello, Sigifredo Correa (Calef), Jaime Osorio, Antonio Salazar, Miguel Esper, Oscar Alarcón Núñez, Jaime García Márquez y otros que se me escapan. Enrique, hermano de Hernando, en ese entonces andaba muy serio en otros cuentos y apenas se acercaba; después nos hicimos amigos, pero ese es otro capítulo.

La primera muestra del centro cultural "La Atarraya" se realizó en la Universidad Tecnológica del Magdalena, que funcionaba en el centro San Juan Nepomuceno. "Los siete pecados capitales" de Bertolt Brech. Los siete u ocho actores, miembros del

grupo, vestían totalmente de negro. La segunda muestra fue un recital poético en una discoteca, se trató del poeta chileno Humberto Vinueza leyendo poemas de su libro "Funeral Grandeza".

Todas las semanas se realizaban eventos en la sede del centro; comentarios de libros, de poemas y de películas, lectura y análisis de tiras cómicas. Exposición permanente de fotografías, tertulias y conversaciones con Sigifredo Correa, quien trabajaba con la Corporación Algodonera del litoral, Coral, y era un aventajado actor de teatro, de ahí su apodo de Calef por el personaje que representó en alguna ocasión. Lo recuerdo en las charlas manoteando con su dedo índice derecho estirado y con la primera falange doblada.

Hernando mantenía viva la pasión por el cine y hablaba de su empresa cinematográfica Hermensan Film. Y de verdad que hicimos una película. Sin conocer el título ni mucho menos el guión hice de camarógrafo con una cámara de ocho milímetros que nos prestaron. Cámara montada en trípode, encima del atrio de la catedral, listo a la espera de que por la esquina apareciera la única actriz, Esther Cayón, con un vestido descotado y el bolso en la espalda, tirado al descuido por encima del hombro, caminado con desgano sobre la acera. Cuando ya había empezado a filmar y Esther se aproximaba, Hernando me arrebató la cámara y con todo y trípode se tiro a filmar dando vuelcos sobre la calzada.

40. Al caer la tarde

Habían sonado ya las seis en la torre de la catedral. Al fondo, sobre el horizonte se aprecia un crepúsculo franjado por una gama de rojos con variadas tendencias hacia el amarillo y hacia el violeta. Una larga mancha verdizaul le da el corte de contraste definitivo. La algarabía de pájaros y pericos había disminuido y era el ruido de los carros el que se escuchaba.

Una espesa enramada oculta la figura en bronce de Rodrigo de Bastidas. De la estatua ecuestre de Bolívar sólo se distingue la gruesa cola del caballo, que hace de equilibrio al bulto, y la cabeza inclinada del prócer.

Los adoquines reflejan la luz de las luminarias sobre haces anaranjados proyectados desde el fondo. Próximo a la banca donde me encuentro, limitando el lado derecho del paisaje, se yergue el grueso tronco de un almendro, coronado por un escaso follaje (no alcanza aún a recuperarse de la poda a fondo de que fue objeto con la remodelación del parque).

Al lado y frente al árbol, sobre una banca descansa un anciano con las piernas recogidas y la cabeza apoyada sobre un par de muletas de aluminio. Tiene el cabello y la barba blanca. Ojos azulosos y piel clara. Viste pantalón corto y camisa abierta que deja ver la espesura de vellos blancos del pecho. Rasca sus pierna con insistencia y sacude de las uñas, con la ayuda del pulgar, las escamas que se desprenden de las excoriaciones.

Paralela y en diagonal a la banca donde estoy se halla otra en la que se encuentra sentada una pareja formada por una mujer joven y un hombre de apariencia mayor que ella. Él se mantiene con la vista al frente mientras ella con delicadeza toma en sus manos la mejilla izquierda y la barbilla y, susurrándole cosas, trata de hacerle voltear la cara hacia donde ella está. Él se mantiene firme e indiferente dando mordiscos a una manzana. Ella insiste.

Un vendedor de pan con su carretilla se detiene cerca del anciano, cuenta las monedas que ha recibido y le extiende la mano con dos mojicones envueltos en papel. El anciano le ha dicho algo y el vendedor regresa a la carretilla e introduce los panes en una bolsa, antes de entregarlos al anciano, se devuelve y agrega uno más. El viejo hace una mueca como agradecimiento.

Vuelvo la vista a la pareja a que me estaba refiriendo y encuentro que él ha tirado al piso el corazón de la manzana y con la mano izquierda acaricia la cara de la joven, le desliza la mano derecha sobre el cabello, trata de hacerla voltear hacia él, insiste en besarle la mejilla y decirle cosas, pero es ella la que ahora se mantiene firme, con una dura expresión en el rostro.

Un vendedor de tintos se acerca a ofrecer el producto, pero al tratar de servirlo se da cuenta de que se le ha terminado, insiste entonces en que le acepte un limoncillo a cambio. El anciano aparece encorvado tratando de untarse un curativo sobre una llaga que se le distingue en la cadera izquierda.

Otra pareja discute si se van o se quedan. La mujer se marcha y él continúa con las piernas cruzadas leyendo, bajo a la escasa luz de la luminaria, una revista doblada

en cuatro. No te demores, le dice la mujer, y de paso compra el pan y la leche.
¿Oíste?

41. Olas que no veremos

Me referí, hace algún tiempo, al atractivo espectáculo que ofrecía el extremo izquierdo del malecón en la bahía al reventar de las olas contra el tajamar. De noche era especial, soberbio, al destacarse, sobre el oscuro fondo, el reguero ascendente de espumas que alcanzaba considerable altura. Notable, también, la audacia de los pelaos que hacían clavados olímpicos contra el oleaje, en los cuales debían caer precisos en el cuerpo de la ola, pues antes y después de ésta se forman vacíos, y caer en uno de éstos era chocar con la arena o las piedras del fondo.

Me sorprendió, en estos días, ver a un grupo de niños lanzándose desde el segmento de malecón comprendido entre las calles 12 y 13. Tomaban impulso desde muy atrás y se lanzaban, unos de pies y otros de cabeza con los brazos extendidos. Caían al mar, igual que en las viejas épocas. La playa de ese sector había desaparecido y el agua llegaba hasta el tajamar, con una profundidad apreciable que permitía a los muchachos hacer sus clavados. Y ¿dónde está la playa?

Después de la draga china que rescató algo de playa, el mar volvió a llevarse la arena. Construyeron luego dos espolones y trajeron arena quién sabe de qué desierto, pero de playa no era. Algún iluminado gerente de Puertos, cuyo nombre no me interesa, abrió un boquete en el cerro de las "Abrás de Santa Ana".

Más allá de las playas del batallón Córdova y de San Fernando, he observado desde siempre formaciones de arena en el pie de cerro similares a la que existió años ha en el Rodadero (de ahí su nombre). Hoy esas formaciones son de un tamaño muy superior al que recuerdo de cuando niño. Sostengo, porque sí, que el aumento de tamaño de esos "rodaderos" se debe a los cambios de corrientes originados por el hueco que hicieron en el cerro, y a las edificaciones cerca de la playa que han desviado la fuerza de los vientos, dando como resultado que la arena en lugar de depositarse sobre las playas, manteniendo, podría decirse, el depósito natural de éstas, fue arrojada sobre las playas que se hallan más allá del batallón. Incluso, éstas de por sí ya son más altas que las que se encuentran frente al Paseo Bastidas.

La construcción de dos espolones permitió ganar algo de playa y con el relleno desapareció la depresión que permitía que el agua chocara en el extremo sur del malecón. Desapareció también el espectáculo, gratuito por cierto, para propios y visitantes, a que me he referido en los primeros párrafos.

El espolón izquierdo, empero, siguió creciendo, porque así fue dispuesto, y nada más tengo que decir, y se convirtió en la "Marina internacional" con capacidad para 90 ó 100 ó más yates, lo mismo da. Ésta cosa se abrió como un abanico de piedras sobre lo que creíamos era nuestra playa, en la que corrimos y nadamos desde niños, y que, junto con otras cosas, nos llenaron la cabeza con la esperanza de que Santa Marta tenía vocación turística o que era la ciudad turística por excelencia. Se vino desde el Club Santa Marta hasta llegar casi a la línea de la calle 18. Sin duda alguna buscan consolidar alguna forma de turismo que muy pocos saben de qué se trata o como es.

El saldo de la bahía de Santa Marta quedó comprendido entre las líneas de prolongación de la calle 18 y la calle 13; es decir, nos dejaron un pedacito de 5 cuadras. Qué barbaridad. En Cartagena se inventaron playas donde no había e

hicieron de esa ciudad lo que hoy es, en cambio en Santa Marta las playas que nos había dado Papa-dios las volvieron mierda.

Porque no hay que creer que ese saldo de consolución de 5 cuadras de playas es pura utilidad para el pueblo bañista y deportista, local o visitante, no, señor o señora, no sea ingenuo, por decir lo menos, eso que he llamado saldo de playas es apenas el espacio suficiente para verter los desechos orgánicos de los yates apostados en la marina.

Sin entrar a considerar qué traen los yates y quienes en ellos viajan, por supuesto, cuando vienen o se llevan cuando se van, además de lo que puedan dejar, que es asunto de la autoridad competente, hay cosas que indubitablemente no pueden faltar, porque los tripulantes de esas naves se alimentan, comen sólidos y toman líquidos, y estos elementos después de haber sido procesados orgánicamente han de ir a para al mar en forma de micción y heces o excrementos.

Hemos de ver en poco tiempo las diáfanas, transparentes, aunque negras en el fondo, verdiazules aguas del saldo de bahía, con un movimiento lento, como agua pesada, de alta densidad como el mar muerto. Aguas cuyo contenido por el olor podrán identificar.

42. El Piano aún vive

El hemicycleo formado por la línea del ferrocarril limitaba la Santa Marta de los años anteriores a los cincuenta. El olor a sal y yodo emanado del mar en las primeras horas del día lo cubría todo. Por las tardes, en cambio, eran los aromas florales provenientes del río Manzanares. Algunas familias, como peregrinos, desfilaban en un paseo ritual por el camellón mientras contemplaban el atardecer, otras, alistaban sillas y mecedores en las puertas de las casas para recibir las visitas de siempre que llegaban con el frescor de la tarde.

Cuentan que en cada casa tenían un piano. Eso no es cierto. Pero había tantos que mañana y tarde las mariposas multicolores de la época volaban siguiendo los acordes fugados por las ventanas, interpretados por manos torpes de aprendices o fluidas melodías clásicas, por alumnos consagrados.

El almacén J.V. Mogollón, uno de los más grandes de ese tiempo, fue importador y distribuidor de instrumentos musicales, entre éstos, de pianos marca Wilnkelman, de Alemania y Starrs, de Estados Unidos.

El piano, y el violín también, eran estudiados como una disciplina en el proceso de formación de niños y jóvenes. Algunos con maestros a domicilio y otros en la Escuela de Bellas Artes. Por las calles se les veía pasar rumbo a la escuela, con el legajo de partituras bajo el brazo o portando el acinturado estuche con el delicado instrumento de cuerdas.

Darío Hernández Díaz Granados, consagrado pianista, dirigió por muchos años la Escuela de Bellas Artes del Magdalena. José Manuel Conde, Leticia Zorro, María Luisa Flórez tuvieron la disposición y paciencia de enseñar y contribuir con la formación del espíritu musical de varias generaciones.

Andrés Linero, reconocido concertista y docente, egresó de la Escuela de Bellas Artes con estudios básicos de piano en el inicio de su carrera. Franklin Aníbal Zúñiga Restrepo se consagró, con la dirección del bacteriólogo y violinista Rafael Lafaurie, al estudio del violín. Franklin estudió y ejerció el derecho, pero pudo más la música y el apego a Santa Marta, y desde hace algunos años dirige su Taller de Violín, Viola y Chelo y ha ofrecido varios conciertos en la ciudad.

La ciudad cambió y con ella muchas cosas, hoy refundidas en el baúl de los recuerdos. Pero el piano sigue vivo en la trastienda de la conciencia samaria como se aprecia por la nutrida asistencia en los conciertos ofrecidos con frecuencia en los centros culturales.

Y aunque ya no se ven las mariposas danzantes, sí se escuchan los acordes tímidos de un piano de aprendiz, y sonatas de Mozart, Odas de Beethoven y vales de Chopin ejecutados por adelantados alumnos de la Escuela de Piano Mikrokosmos, desde hace treinta y cuatro años dirigida por Carlos Avendaño Miranta; de los últimos egresados de la Escuela de Bellas Artes.

Carlos hizo los estudios básicos de piano conducido por María Luisa Flórez y cursó los superiores con maestros como Gunder Renz y Cecilia Barranco en la Universidad del Atlántico, de donde egresó en 1967.

Cuarenta alumnos, entre niños y jóvenes, se consagran durante el año al aprendizaje del piano en la Escuela Mikrokosmos. La mayoría, dice Carlos, continúan estudios superiores y han resultado buenos intérpretes, y algunos se perfilan como concertistas.

El pasado 21 de diciembre, en el salón Obregón del Museo de la Quinta de San Pedro Alejandrino, vibraron las cuerdas heridas por los macillos al pulsar de teclas bajo los dedos de niños, interpretando fragmentos de piezas inmortalizadas por los clásicos, otras del folclor, como "Mi Rancho en los Llanos" a cuatro manos, y "Barcarola", a seis manos. Estos niños

aprendices mostraron al público asistente que el piano sigue vivo en Santa Marta y que hay para largo.

Al final del programa, intervinieron los jóvenes, con mayor grado de formación. Cuatro de ellos interpretaron "El Choclo", tango en arreglo para dos pianos y cuatro manos de Carlos Avendaño. Otro cuarteto, también en dos pianos, interpretó a cuatro manos "Invitación al Vals" de Weber. Y como para que no quedara duda alguna, Amín Carrillo Rosado, egresado de la escuela y pianista invitado, interpretó "Scherzo" de Chopin.

Ese acto de clausura de la Escuela de Piano Mikrokosmo, que conmovió a todos los asistentes, entre los que había muchos niños que salieron emocionados tecleando al aire, constituye en esencia una muestra del lado oculto de Santa Marta, de nuestra capacidad de ser por encima de muchas cosas que nos niegan. De una generación que trabaja y camina en silencio, capaz de compartir un vallenato, un reguetón o una champeta con la música de cámara o un concierto de piano, establecer la diferencia y apuntar hacia la estrella más lejana.

43. La heladería Oasis

Entre cualquier día de la década del 50 y cualquier otro de la del 80, un sitio en la esquina de la calle de la Cruz con carrera quinta fue testigo del crecimiento y desarrollo de un fragmento de mi vida, tal vez sería sólo de horas o momentos, pero que recuerdo con mucha fruición.

Allí llegaba en la prima noche en busca del delicioso helado de leche con vainilla. Era una bola de crema helada sobre un cono de harina. Cuando el helado no caía al suelo tras un tropezón, lo consumía por lamidas sucesivas y mordiscos al cono, de forma que cuando llegaba al final conservaba una miniatura de cono con helado. ¡Qué lastima, el último mordisco! Esta era la parte entretenida de saborear las delicias de los helados que vendía el Oasis. Causaba asombro, además, cómo con una cuchara en forma de semiesfera recogían la crema del tanque para colocarla encima del cono. Era algo mágico, pues la bola de helado salía suavemente de aquella para quedar ajustada en el hueco del cucurucho. Pero nada preguntaba, sólo observé durante mucho tiempo hasta que un día cualquiera pude develar el misterio y ver cómo funcionaba ese mecanismo.

La heladería Oasis era atendida por su propietaria doña Margoth Barleta de Mora. Una mujer amable y cariñosa, corpulenta y de temperamento fuerte, tal vez por eso, temiendo un repostón, no me atreví a preguntar por la cuchara. Esa mezcla de atributos hizo de ella la mujer que fue capaz de mantener y sacar adelante ese tipo de negocio en una Santa Marta que al lado de sus encantos mágicos lleva, también, una especie de bellaquería ancestral.

Margoth fue para mí, y así para algunos de los pelaos de la calle 12, como una tía, una consejera después y más tarde una amiga y confidente. La barra tenía dos bancos, y sentarse allí era una proeza de resistencia, pues el lateral del mueble no era vertical sino oblicuo, con lo ancho para abajo, de manera que apoyarse de codos sobre el mostrador implicaba mantenerse estirado hacia adelante o a un lado. Ello, indudablemente, sólo lo soportaban los amigos quienes mientras consumían mantenían diálogos entrecortados con la propietaria.

A una cuadra de distancia se alcanzaba a percibir el olor de los sándwiches prensados al calor. Estos eran de queso, de jamón o el apetecible combinado, a veces limitado para los pelaos por su mayor precio.

Los deliciosos sorbetes de piña, guanábana, melón, zapote, mango y el fresco de Milo con leche y la leche malteada, hacían parte de la galería de bebidas acompañantes, hechos por las prodigiosas y mágicas manos de Virginia Martínez, quien tuvo durante más de veintiún años el acierto de mantener las proporciones equilibradas que garantizaron siempre el buen sabor. La famosa vaca negra consistente en un vaso de helado de leche con coca-cola.

Conos de helados con una o dos bolas, a veces combinado. Las copas de helado con mermelada y galletitas, en sabores de leche con vainilla, chocolate, ciruelas pasas, zapote, mora. El inigualable helado especial: servido en una copa grande y alta, en la base traía helado de leche luego encima una buena porción de tutti frutti (importado) y sobre este más helado de leche con vainilla o con uvas pasas. Mi amigo Kachi Bermúdez mientras hablábamos de esto no sólo se saboreaba en seco

sino que también se le humedecieron los ojos. "Qué tiempos, Joaco, qué tiempos..." me decía, mientras la mirada se le perdía en la difusión de los tiempos idos.

En el Oasis se vendían, además, variedad de productos comestibles y bebidas embotelladas. Había atención en la mesa y en el carro. Por las noches el tráfico vehicular por la carrera quinta era poco, de manera que hileras de automóviles aparcaban en la acera próxima a la heladería y sus pedidos eran atendidos directamente en el carro. Era el servicio Drive in.

Varios fueron los meseros que prestaron sus servicios en la heladería Oasis, pero de ellos el que marcó historia por su duración y excelente atención fue Quique, Enrique Otero, a quien he visto en los últimos días como si el tiempo para él no existiera: igualito al Quique de aquella vieja época.

44. En la calle de la Cruz 2

Corrían los primeros años de la década del 50. Habíamos llegado a ocupar la casa de esquina en la calle de la Cruz con carrera sexta. Estas vías no estaban pavimentadas. La calle de la Cruz o 12 tenía mayor circulación de vehículos por lo que preferíamos jugar del lado de la carrera. La tierra destapada permitía hacer el huequito para el juego de boliches, igual que trazar la ruta de la vuelta a Colombia, que escarbábamos con una tapa de gaseosa en el piso de barro, formando un extenso canal curvilíneo en el que debían deslizarse, tiro a tiro, las canicas hasta que alguna alcanzara de primero la meta, consistente en llegar a un huequito en uno de los extremos de la ruta. Se jugaba fútbol con bola de trapo. Jugábamos también las diferentes versiones del trompo, el piso de barro permitía hacer un mejor juego, pues sobre el pavimento el trompo rebotaba corriéndose el riesgo de que golpeará e hiriera a alguno, además el permanente golpe con el concreto hacía que se doblara la punta y el trompo terminaba "zarandeto". Sobre el piso se trazaba el triángulo con las divisiones reglamentarias para el juego de chequita. Al volver a jugar, al día siguiente, sólo teníamos que repintar la curva de la vuelta a Colombia, el círculo para el juego del trompo con una moneda en el centro o el triángulo para la chequita. Cuando llovía todo desaparecía.

Nubarrones negros por el lado de Taganga era señal inequívoca de aguacero. Cuando este se desataba ya los muchachos estábamos preparados para el baño. El primer aguacero de la temporada producía inconformidad, pues los padres impedían que nos bañáramos con las primeras aguas porque estas arrastraban toda la suciedad de la atmósfera y de los techos. Con el segundo, nadie podía ya detener las bandadas de pelaos chapoleando agua por las calles que fácilmente se llenaban. Del techo de la casa de los Ariza Caiafa salía un tubo que expulsaba un grueso y largo chorro de agua, bajo el cual formábamos un tropel luchando por un mejor puesto. Cuando el chorro perdía fuerza y por lo mismo interés, salíamos corriendo para la playa donde terminábamos dándonos un baño con agua de mar, que con la lluvia se ponía tibia en la superficie mientras el fondo se mantenía de un frío intenso. Retozábamos y jugábamos bola. En esa época ningún rayo se atrevió a meterse con nosotros, como viene ocurriendo en estos tiempos que ya ha cobrado varias víctimas entre los bañistas en días de lluvia.

Con los aguaceros la carrera sexta entre calles once y doce quedaba inhabilitada para jugar boliche, trompo, bola de trapo o chequitas. Un ancho y extenso charco cubría todo el espacio. En los primeros días aparecían mariposas de variados colores y algunas libélulas sobrevolando a ras de agua. Los pelaos echábamos a navegar botes y barquitos contruidos en cartulina o papel, labrados en madera o una simple tabla, que halábamos de la proa con un hilo o pita. Este apacible juego duraba hasta cuando alguno irrumpía chapoteando agua y producía un catastrófico y colectivo naufragio que rematábamos con una lluvia de piedras sobre las naves. En el retomar piedras del agua para arrojarlas de nuevo, resultaba siempre algún descalabrado.

Con el paso de los días el charco se iba secando y sobre la superficie se formaba una nata verde, los zancudos desplazaban las mariposas y el hedor se hacía cada día más insoportable. Al tiempo aparecía una moto-niveladora que llamábamos "catapila", en asocio con la marca. Era un aparato parecido a una mariapalito o mantis religiosa, con llantas pequeñas adelante y más grandes atrás, con una cuchilla que arrastraba sobre el piso para nivelarlo, luego de que un volteo vaciara tierra sobre el charco. Quedaba el terreno seco y liso para empezar de nuevo a trazar la ruta de la vuelta a Colombia, hacer el huequito para el juego de canicas y la circunferencia para el juego de trompo.

Si desea dejar un comentario, regrese al blog haciendo clic sobre el logo ...



Torre de papel 1947

¡Gracias!